



Vivir en «modo vocación»

**Entrevista a María Ángeles Fernández:
«La vida religiosa interpela a un mundo
que busca la plenitud en lo efímero»**

NOVEDAD



LECTIO DIVINA PARA TIEMPOS FUERTES Cuaresma y Semana Santa 2025 *No solo de pan*

PABLO LARGO DOMÍNGUEZ. P.V.P.: 7 euros

Los tiempos fuertes de la Cuaresma y la Semana Santa son de lo más propicios para meditar y dejar que la Palabra de Dios inspire nuestras vidas.

La «lectura orante» del Evangelio nos llega, de nuevo, de la mano de Pablo Largo Domínguez, sacerdote claretiano, doctor en Teología (Univ. Pontificia Comillas) y director, desde hace años, de la revista científica de Mariología «Ephemerides Mariologicae».

DESPLEGABLES PARA PREPARAR CUARESMA Y SEMANA SANTA



Desplegables al servicio
de la evangelización

Un proyecto para parroquias, templos,
santuarios, colegios, residencias
universitarias, residencias de mayores,
hospitales, centros pastorales...



Conozca online nuestro catálogo.

Solicítelos en nuestra web:

www.intergentes.es



Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º 28008 Madrid

Pedidos: Tlf. 915 401 267 publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

Gonzalo Fernández Sanz

DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

¡QUÉ DIFÍCIL ES SER PADRE O MADRE!

En Occidente llevamos décadas hablando de la “sociedad sin padre”. Quizás en algunos contextos habría que añadir también “sociedad sin madre”. Las consecuencias que se siguen en la vida social son evidentes. Van desde la inseguridad afectiva hasta la falta de criterios objetivos para encarar la complejidad de la vida y de apoyos incondicionales en los momentos de crisis.

Hablando hace poco con un monje, me dijo con gran convicción que, a su juicio, uno de los grandes problemas de la vida consagrada actual es la ausencia de un sano ejercicio de la paternidad o la maternidad en las comunidades. No abundan los superiores o superiores que se sientan “padres” o “madres” de sus respectivos hermanos o hermanas. Hemos criticado tanto las conductas autoritarias y paternalistas del pasado, hemos desenmascarado con desenfado las actitudes infantiloides de quienes no pueden dar un paso sin permiso de la “madre” (o más raramente del “padre”), que nos cuesta imaginar en qué puede consistir el ejercicio carismático de la paternidad o la maternidad entre individuos adultos, autónomos y suavemente autosuficientes.

La teología nos ha ayudado a descubrir la esencial fraternidad de la vida consagrada. Las nuestras son, sobre todo, relaciones simétricas entre iguales. Toda asimetría nos parece, de entrada, sospechosa e injusta. Además, tenemos muy en cuenta las palabras de Jesús: “No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo” (Mt 23,9). Por eso, salvo en la tradición benedictina, que sigue hablando de “abades” (padres) y “abadesas” (madres), solemos utilizar para nuestros líderes otros términos, como guardián, inspector, prepósito, ministro, etc. O el más genérico de superior. Algunas formas de vida consagrada recelan también de esta denominación (que suena muy poco evangélica y bastante obsoleta en contextos democráticos) y optan por formas aparentemente más neutras y sinodales, como moderador, coordinador, animador, etc. y sus correspondientes versiones en femenino.

¿Y si algunos de nuestros problemas personales y comunitarios tuvieran que ver con el debilitamiento o la desaparición de las figuras que representan en las comunidades la paternidad/maternidad de Dios? Huyendo del autoritarismo y del

paternalismo, que tanto daño han hecho a una vida consagrada madura y sana, podemos haber caído en un estilo de vida sin vínculos ni referencias objetivas, un poco abandonada al criterio individual y a las contiendas entre iguales. Reivindicar un sano ejercicio de la paternidad o la maternidad por parte de nuestros líderes no significa regresar a modelos de autoridad que propenden al abuso de poder o a crear dependencias insanas, sino redescubrir que no hay familia verdadera (y las comunidades religiosas lo son en un sentido carismático) sin figuras que encarnen al padre o a la madre, que sirvan de nexo entre los hermanos y hermanas y que actúen como memoria viva del carisma. La única paternidad/maternidad de Dios necesita mediaciones humanas que la hagan visible y eficaz.

No es fácil atreverse a ser padre o madre en la vida consagrada actual. Por otra parte, nadie puede

arrogarse esta misión. No es un derecho y menos un capricho, sino un don que el Espíritu concede a las comunidades para mantenerse fieles al carisma original, recrearlo en las condiciones cambiantes y asegurar un ejercicio libre, justo y respetuoso de la esencial fraternidad que nos caracteriza a los consagrados. Sin paternidad/maternidad responsable, no existe una verdadera fraternidad que no sucumba al individualismo o a la imposición de los caracteres más fuertes sobre los más débiles. Tendríamos que pensarlo despacio.

Puede resultar paradójico que, en una vida consagrada muy envejecida, los líderes jóvenes o de mediana edad estén llamados a ser padres o madres de sus hermanos o hermanas ancianos. Sin embargo, no estamos hablando de parámetros biológicos, sino carismáticos. Es el Espíritu Santo el que actúa a través de ellos para hacer visible la única paternidad de Dios. 

Nuestra portada

De vez en cuando es saludable que la orquesta eclesial haga visible la riqueza y variedad de instrumentos. La cultura vocacional pasa por el encuentro de las diversas vocaciones en la Iglesia. La identidad se logra por vía de relación, no por vía de exclusión. Que más de 3.000 cristianos (laicos, consagrados, sacerdotes y obispos) se reúnan para orar, reflexionar, dialogar y proyectar es un signo de futuro. Lo que importa es que el evento se transforme en proceso. Los eventos casi siempre salen bien. Los procesos necesitan un cuidado sostenido.





4

Historias menudas jubilares:

Viento del Norte
Mariano José Sedano

5

Experiencias:

Un compromiso constante con la dignidad humana
Ignacio Virgillito

10

Observatorio de humanidad:

Viernes por la tarde
Valentina Stilo

11

Reflexión:

«Dios sigue invitándonos a todos a una existencia plena y dichosa»
Ignacio Virgillito

20

Hablando en dialecto:

Sobre camellos y jorobas
Dolores Aleixandre

21

Retiro:

La huida y la vuelta
Salvador León



29

Algo está brotando:

Pequeños logros
Miguel Márquez

30

Entrevista a:

María Ángeles Fernández
Ignacio Virgillito

36

Ecos del claustro:

La simplicidad encuaderna las páginas de la vida
M^a Pilar Avellaneda

37

Herramientas para la vida comunitaria:

El termómetro de la sinodalidad doméstica
Manuel Ogalla

40

Institutos de vida consagrada:

Instituto de Religiosas de San José de Gerona
M^a Carmen Cid

43

Actualidad:

Vivir en «modo vocación»
Juan de Dios Carretero

45

Desde Oriente:

¿Martirio o conversión?
Paulson Veliyannoor

46

Rincón cultural:

El velo pintado
Pedro M. Sarmiento
y Cultivar el asombro
Ianire Angulo

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Adrián de Prado Postigo.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristo Rey García Paredes, Anthony Igbokwe, Ignacio Virgillito, María Piedad Amigo, Lourdes Perramon, Pedro M. Sarmiento.

Depósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento.

Foto de portada: Pixabay. Imprime: Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05

email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 65 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 103\$ USD.

Otras naciones: 68 euros ó 73\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

HISTORIAS MENUDAS JUBILARES



Viento del Norte

Mariano Sedano

MISIONERO CLARETIANO (SAN PETERSBURGO, RUSIA)

Llega a Roma en vísperas del año santo de 1350, como peregrina desde su Suecia natal. A sus 46 años tiene mucho que contar. Desde los 13 años ha estado casada con Ulf, joven aristócrata, como ella. Ha parido 8 hijos. Ha peregrinado –por tierra firme– con Ulf hasta Compostela. Desde hace 6 años es viuda y se ha consagrado por entero a Dios. Elige como lugar de retiro un monasterio cisterciense masculino.

Desde muy niña, Brígida –nuestra menuda de marzo– goza de frecuentes visiones de Cristo, ensangrentado y crucificado en el presente por quienes desprecian su amor. Esto le lleva a leer acontecimientos sociales y políticos de su tiempo como espinas y bofetadas al rostro de su Señor amado. El amor y la visión se hacen viento impetuoso que llena su corazón y le obliga a tomar parte en la política de entonces, dominada por tendencias centrífugas nacionalistas. Los Papas abandonan Roma y buscan refugio en Aviñón, al amparo del rey francés. “Si el Papa es francés, Jesucristo es inglés” dicen en Inglaterra. El segundo año santo de la historia ha estado a punto de no convocarse. Una delegación romana corre a Aviñón para arrancar de Clemente VI su convocatoria. Brígida, henchida de amor huracanado por la Esposa de Cristo, hace de la vuelta del Papa a Roma un empeño profético de uni-

versalidad. Su peregrinación a Roma es una declaración esperanzada entre enormes dificultades. La peste acecha por doquier, los caminos están infestados de bandidos y los reyes cristianos están en guerra unos con otros. La caótica situación de la ciudad eterna provoca en ella duras críticas. Algunos hablan de quemarla como bruja. A los Papas les estimula a regresar a su sede natural con palabras severas: son paralíticos serviles a Francia y entumecidos por su falta de amor a Cristo. En 1368, Urbano V regresa a Roma y en octubre se encuentra con el emperador Carlos IV. La machacona insistencia de Brígida parece dar frutos. Brígida puede finalmente entregar la Regla de su Orden del Salvador al Papa. En 1370 será aprobada con revisiones y cambios con los que Brígida no está de acuerdo, aunque aceptará. Sin embargo, Urbano, alertado por la inseguridad reinante, decide dar marcha atrás y volver a Aviñón. Brígida intenta infructuosamente frenarlo y le profetiza la ira divina. A los dos meses de su regreso, Urbano muere.

También ella, de vuelta de su peregrinación a Tierra Santa, en 1376, morirá en Roma, en su casa de *piazza* Farnese. No verá el regreso definitivo del Papa a la ciudad. Lo hará otra joven profetisa, heredera de su espíritu pertinaz: Catalina de Siena. Pero esa es otra historia. 



Orden Hospitalaria de Hermanos de San Juan de Dios

Un compromiso constante con la dignidad humana

Conforme a la comunicación de la Penitenciaría Apostólica de la Santa Sede, la Orden Hospitalaria de Hermanos de San Juan de Dios celebra un Año Jubilar desde el primer día de este mes de marzo. Además, la Basílica de San Juan de Dios de Granada, lugar donde descansan los restos del fundador, ha sido designada por el pastor de la diócesis como templo donde podrá ganarse el jubileo.

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROVINCIA CLARETIANA DE SANTIAGO

Este año 2025, cuando conmemoramos el 475 aniversario de la muerte de san Juan de Dios, la Santa Sede nos ha concedido la celebración de “Año Jubilar”, anunciaba con gran alegría el Hno. José María Bermejo Frutos, presidente de la comisión propia de la orden designada para el Jubileo, en una misiva que envió a principio de este año a toda la Familia Hospitalaria. Y, a renglón seguido, el religioso continuaba: “Unidos al significado del jubileo ‘peregrinos de la esperanza’ que establece la Iglesia, nuestro instituto se une a este acontecimiento salvífico con un matiz propio, el ‘Jubileo hospitalario de la esperanza’, que pondrá de relieve los casi cinco siglos de experiencia en el cuidado y protección de las personas enfermas y en exclusión social”.

Ciertamente, casi 500 años refieren una trayectoria del concepto de hospitalidad que adquiere hoy unas dimensiones apabullantes y que, además, han traspasado todas las fronteras. La presencia y actividad internacional del instituto se lleva a cabo en los cinco continentes a través de 418 centros en los que se ofrecen más de 36.000 camas o plazas. Para ello, la orden camina junto a 64.790 profesionales laicos, que prestan más de 24,7 millones de servicios cada año. Solamente en nuestro país, la red cuenta con 79 centros sanitarios, sociales, sociosanitarios, docentes y de investigación.

“Este año queremos animar a nuestras comunidades, centros, usuarios, colaboradores y sociedad en general a vivir un año de gracia y celebración”, explica el Hno. Bermejo. Para ello, “hemos organizado diversos actos, algunos en colaboración con la diócesis y otros de carácter interno, que tendrán lugar a lo largo de estos próximos meses, de modo que desde ellos profun-

dicemos en el conocimiento de la espiritualidad de san Juan de Dios y de la cultura de la hospitalidad”.

Rasgos de la hospitalidad en san Juan de Dios

La apuesta por una hospitalidad universal que desplegó Juan Ciudad, y a la que alude el Hno. Bermejo, transformó Granada a principios del siglo XVI dando un nuevo significado al concepto del cuidado de las personas. Para discernir la clave de bóveda sobre la que descansa esta gran obra, Beñat Goñi, responsable del servicio de atención espiritual y religiosa (SAER) de la orden en Pamplona; María del Mar Giménez, historiadora; y Mercè Puig-Pey, al frente de la coordinación del SAER de la Unidad territorial I de la provincia en España, desglosan la espiritualidad propia del instituto religioso en siete verbos que encuentran su fundamento en siete textos evangélicos, trazando, a partir de ellos, el camino espiritual del fundador español.

La primera acción es *acercarse*. “Jesús recorría todos los pueblos y aldeas, proclamando la buena noticia del Reino y curando toda enfermedad”, reconocen los tres expertos. Y estos mismos gestos los encontramos en Juan de Dios, “pues, desde una humildad característica en él, sale a buscar, observa cada situación y, sin establecer juicios de valor, se acerca”. El segundo verbo es *compadecerse*. Así, “lo que movía a Jesús era la misericordia, con la cual leía el corazón de los interlocutores para responder a sus necesidades más reales”. Y en Juan de Dios encontramos esa misma lectura del corazón desarrollada de diferentes maneras. “Esta compasión debió de ser impactante porque sus seguidores enseguida comenzaron a ser movidos por las necesidades que veían”.

Acoger, “entendiendo la acogida como hospitalidad”, es el tercer verbo. “Realmente es el eje central de la espiritualidad juandediana”, apuntan. “La acogida, entre otras características que le son propias, es un acontecimiento que provoca un encuentro único que conlleva a la atención a la persona concreta”.

El cuarto verbo es *acompañar*. En el libro de pastoral de la orden hay una serie de conceptos sobre el acompañamiento espiritual, “basadas en la metodología de los discípulos de Emaús: salir al paso, dejarse interpelar, crear confianza...”. “Estas orientaciones fueron utilizadas por Juan de Dios en los acompañamientos que hizo y que también recibió”, apostillan.

Consolar, amar, empoderar

En el cristianismo, Jesucristo, la Palabra hecha carne, nos *consuela*. “Y este quinto verbo, en Juan de Dios, le lleva a ofrecer numerosos y conmovedores testimonios que reflejan su acción en este sentido, pero también son muy emotivos los episodios en los que Juan de Dios se siente y es consolado”.

Si se puede sintetizar la ley de Dios reduciendo a dos sus mandatos, son los siguientes: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y al prójimo como a ti mismo”. Estos dos mandamientos tienen una misma raíz, *amar*, sexto verbo clave en la espiritualidad de Juan Ciudad, pues Dios es amor.

Toda la vida de Juan de Dios, “el hermano de todos”, es un gran e interrumpido testimonio de caridad. “Si nos remitiéramos a su biografía, podríamos destacar cuatro elementos de la caridad en Juan de Dios: la ausencia de medida en su caridad; la correlación entre la caridad para el prójimo y el amor de Dios; la extensión de su caridad; y, por último, la dimensión

social de su obra caritativa”, detallan los expertos.

Finalmente, *empoderar* –séptimo y último verbo de esta lista– significa, desde la espiritualidad cristiana, “recuperar la propia dignidad, que es el primer acto salvífico y saludable”, explican Beñat, María del Mar y Mercè. “La curación comienza por la consideración positiva del hombre enfermo. De tal manera que dotar de dignidad a la persona es levantarla de su situación”, añaden argumentando que “los evangelistas utilizan la misma raíz etimológica en las palabras levantar y resucitar”.

“De esta manera, Juan de Dios levanta y restaura de forma integral la dignidad de todo aquel que vive en situación de debilidad o marginalidad, recuperando e incrementando su fortaleza, tanto en lo material como en lo espiritual, y lo hace respetando siempre las circunstancias y las formas de sentir de cada individuo”, completan. Un ejemplo de la recuperación de la dignidad lo podemos observar en la inserción laboral que Juan de Dios promovía.



Interior Basílica San Juan de Dios, Granada



Entrevista al hermano Pascal Ahodegnon, nuevo superior general de la Orden de los Hermanos de San Juan de Dios

Hospitalidad en un mundo cambiante

Jesús encomendó a la Iglesia la responsabilidad y el poder de curar (Mc 16,17-18) lo que hace de la pastoral de la salud una misión esencial e indispensable de la Iglesia. ¿Cómo viven hoy su carisma? ¿Percibe algún desafío particular al respecto en nuestras sociedades actuales?

Nuestra orden hospitalaria nació de la experiencia de conversión de san Juan de Dios, una experiencia personal de salvación, amor y misericordia que quiso hacer llegar a todos sus hermanos y hermanas. A partir de esta profunda y radical opción de vida de Juan de Dios, nuestra familia religiosa continúa el mandato que ha

recibido de la Iglesia de sanar y cuidar a las personas en su integridad. Quiero decir, los hombres y mujeres de nuestro tiempo no se contentan con curar, sino que desean experimentar la salvación que solo el Dios de Jesucristo puede ofrecer. Como orden hospitalaria, queremos continuar el reto de la evangelización a través del cuidado de la persona, llegando a ella en su condición psico-físico-espiritual y en su estado de enfermedad. La atención integral a la persona enferma ha sido siempre nuestro punto fuerte desde el que iniciar un camino de atención espiritual (la pastoral de la salud) a

través de la cual la persona puede experimentar la salvación y encontrarse a sí misma a pesar de la prueba de la enfermedad. El gran reto actual es devolver al enfermo al centro de la vida eclesial y social.

A la luz de su respuesta a la pregunta anterior, ¿qué nuevo impulso traerá a la Orden de los Hermanos de San Juan de Dios el Jubileo Hospitalario de la Esperanza que estáis preparando?

Nuestra orden celebró el pasado mes de noviembre el LXX capítulo general bajo el lema: “Hospitalidad en un mundo cambiante”. Esta conciencia de un mundo en evolución nos anima a mirar la historia desde una óptica más humana y optimista. Necesitamos espacios de esperanza donde la persona pueda encontrarse a sí misma en su esencia, en su identidad de hija de Dios. El mundo cambia, los modelos de vida se adaptan, pero nuestra misión sigue manteniendo la misma finalidad: llevar la salvación a los hombres de hoy, de la manera y con las formas más adecuadas a nuestro tiempo. Creo que el Jubileo de la Esperanza que acompañará las opciones de nuestro camino durante este año será una hermosa oportunidad para responder al hambre y a la sed de esperanza que toda persona cultiva en su corazón.

¿Cómo persuadir al mundo del descubrimiento del valor que encierra la enfermedad y el cuidado de las personas enfermas?

Decimos que la salud es nuestro mayor bien. La enfermedad en sí misma no es un valor; al contrario, nos hace experimentar nuestra humanidad y fragilidad. Sin embargo, es precisamente a través de la falta de salud cuando experimentamos la necesidad de cuidados, compasión, cercanía,

comprensión y afecto. La solidaridad, que es un valor universal, se descubre y se experimenta en las situaciones de enfermedad y fragilidad, sean cuales sean. La filosofía, la teología y la ciencia intentan ofrecer respuestas a estas preguntas, pero no siempre satisfacen al corazón humano. Creo que no es necesario encontrar argumentos para convencernos del valor de la enfermedad y de la curación; es la propia enfermedad que experimentamos tarde o temprano la que ofrece respuestas adecuadas a preguntas fundamentales de nuestra existencia. Juan de Dios es un buen ejemplo de ello.

¿Podemos decir que la enfermedad es escuela de esperanza? ¿En qué sentido?

Fomentar la esperanza en el momento de la enfermedad es un aspecto nuclear de los cuidados, cuya acción primordial es mantener un horizonte de esperanza. La medicina actual está muy avanzada, pero sigue siendo incapaz de dar respuestas curativas satisfactorias. Precisamente por eso, la esperanza acude al rescate ayudando a la persona enferma a vivir el valor de su vida de una manera más profunda y auténtica, dando cabida a lo posible que pueda suceder. **VR**





Viernes por la tarde

Valentina Stilo

FRATERNIDAD MISIONERA VERBUM DEI. ROMA (ITALIA)

Camino hacia la colina; desde allí, al atardecer, se ve la ciudad resplandeciente, como una emperatriz en su trono, toda engalanada con luces tan hermosas que los puntos oscuros son un descanso para los ojos, fatigados de tanta sorpresa. Llego al mirador, enmarcado por pinos marinos y poblado de jóvenes y viejos. Observo los rostros, escucho el parloteo, me sumerjo en el susurro de hojas y cuerpos, cuando un hombrecillo con un enorme ramo de rosas rojas y blancas se acerca, los ojos vivaces tras aquel arbusto. “¿Una rosa?”. “¡No, gracias, no tengo dinero!”, lo corto, sonriendo.

Pero él se queda: “Coge una y llévasela a tu marido”. “No estoy casada”. Abre bien sus grandes ojos oscuros. “¿No tienes marido? ¿Y niños?”. Le digo: “No, no, nada”. Entonces saca su móvil y me enseña la foto de sus dos hijos. “Nos costó tenerlos... Mi madre rezaba todos los días y, después de muchos años, llegaron; primero la niña y luego el pequeño. ¿Ves esta hermosa ciudad? Para mí no vale nada, ellos lo son todo!”. Y me habla de su dolorosa ausencia, de su amor de padre lejano.

“Lo siento, señora, he hablado demasiado”. Y se marcha.

“Perdona tú”, me gustaría decirle. “Perdóname tú, demasiado poco te

he escuchado. Demasiado poco me he detenido, me he dejado tocar por la falta, por la incompletitud. Y lo que no acojo en mí, lo rechazo en ti”.

Quizá eso es lo que le pasa a los poderosos de turno que pueden, con una firma, sacarte de ese país, ya lo suficientemente ingrato... A menudo he optado por procurarme más plenitud, más felicidad, menos necesidad, y esta noche tú me enseñas que, en la carencia, nos encontramos. A mí me “faltan” marido e hijos; a ti, la familia y el país que te vio nacer. A mí, por vocación y por decisión, por seguir a Uno que me dijo al pasar “Ven y sígueme”, “tendrás el ciento por uno”; a ti, por necesidad y por supervivencia. Contigo, hombrecillo de las rosas, migrante, peregrino, padre lejano, mi falta es solidaridad, no distancia que me separa de una plenitud que solo es ideal. 



«Dios sigue invitándonos a todos a una existencia plena y dichosa»

Bajo esta premisa fue celebrado un gran Congreso de Vocaciones, acontecimiento que reunió a más de 3.000 asistentes de las 70 diócesis españolas, acompañados por 65 obispos. Estuvieron representados 54 movimientos y asociaciones laicales, 120 congregaciones y 250 realidades distintas que llevan adelante la misión. El 30% de estos participantes fueron menores de 35 años. La organización contó, además, con 200 voluntarios.

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROVINCIA CLARETIANA DE SANTIAGO

Una sociedad que a lo que invita es a la búsqueda de bienestar y en la que predomina la libertad y autonomía del sujeto hace que los valores actuales choquen con una comprensión vocacional de la vida, lamenta el jesuita Alfonso Alonso-Lasheras en declaraciones a esta publicación tomadas poco antes de pronunciar la ponencia inaugural al Congreso de Vocaciones que se celebró durante el segundo fin de semana del pasado mes de febrero en el recinto Madrid-Arena de la capital de España. “Y esto, –continúa el religioso– como Iglesia, nos preocupa mucho porque está teniendo consecuencias funestas para la gente, en especial para los más jóvenes; de ahí que sea urgente crear una nueva cultura vocacional”, completa dibujando el marco que da sentido a la puesta en marcha del Congreso.

Realmente, sus palabras a *Vida Religiosa* son una condensación del discurso de apertura que pronunció el día de la puesta de largo de este congreso, el pasado viernes 7 de febrero, y que, bautizado bajo el lema

‘¿Para quién soy?’, congregó a más de 3.000 participantes de todas las diócesis españolas, acompañados por 65 obispos. Además, estuvieron representados 54 movimientos y asociaciones laicales, 120 institutos de vida consagrada y 250 realidades distintas que llevan adelante la misión.

“Es importante hacer constar que el 30% de los congresistas fueron menores de 35 años”, explican desde la oficina de prensa de la conferencia de los obispos españoles, institución que a través de su servicio de pastoral vocacional organizó esta iniciativa. “Con este congreso –prosiguen desde la conferencia episcopal– venimos a cerrar, poniendo un broche de oro, el ciclo del plan pastoral que iniciamos en el año 2021”.

Efectivamente, la intrahistoria de estos días pasados de febrero se encuentra en el germen de aquel “Pueblo de Dios en salida”, congreso celebrado en el año 2020 que supuso el comienzo de un plan pastoral que ha tratado de crear una cultura a la escuela de la llamada vocacional. Eso



sí, desde una óptica distinta, pues si aquel congreso de hace cinco años giró en torno al anuncio del kerigma, este buscó mover los corazones para elaborar una respuesta “que ha de ser enunciada con la propia vida”. O dicho en las palabras del papa Francisco, que envió un mensaje expresamente para estos días: “Lleven a Dios allí donde Él los envíe, esa es nuestra vocación”.

Así, durante el sábado 8 y el domingo 9 de febrero, los organizadores del encuentro pasaron a desarrollar, desde las mismas preguntas que se formulan en la exhortación apostólica *Christus vivit*, por qué la vida es vocación. Para ello, propiciando una seria reflexión, se presentaron cuatro itinerarios centrados en cómo cuidar y hacer crecer una serie de virtudes que hoy son profundamente contraculturales.

Así, el primer camino propuesto, -llamado “Itinerario Palabra”-, fue enmarcado por el Prof. José Luis Albares Martín, titular del Centro Universitario Cardenal Cisneros. El experto, desde un pulcro acercamiento a la Escritura, enunció: “Dios llama. Toda la Palabra de Dios es *vocante*”. Para el segundo itinerario, denominado ‘comunidad’, la charla marco vino de la mano de D. Eloy Bueno de la Fuente, catedrático de la Facultad de Teología del Norte (Burgos). “Vocación y comunidad, por tanto, van siempre unidas: se exigen y se necesitan reciprocamente”, comenzó el experto, desplegando las implicaciones y potencialidades que convergen en torno a ellas.

El tercero, llamado “Itinerario sujeto”, quiso poner de manifiesto la importancia de ir formando personas que descubran la vocación como lo que configura su identidad personal. Fue planteado al Congreso por

M. José Castejón Giner, consagrada en el Instituto Secular Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote. Con sus palabras, Castejón articuló magistralmente las tres dimensiones esenciales para hablar del sujeto de la vocación: el *yo*, el *tú* y el *nosotros*. Finalmente, el último itinerario, el de la Misión, fue enmarcado con una hermosa ponencia de la Prof. M.^a Consolación Isart Hernández, de la Universidad Católica de Valencia. “¿Somos conscientes de que cada uno de nosotros es misionero?”, comenzaba, para a renglón seguido contestar citando la *Evangelii gaudium*: “No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo [...]. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena”, enunció.



Como Iglesia
atesoramos una inmensa
riqueza cultural

El desarrollo a los itinerarios se completó con una serie de paneles, hasta sesenta y cuatro, en los cuales se expuso tanto conferencias como vivas mesas redondas. Con ellos, los asistentes pudieron corroborar la inmensa riqueza y la multitud de elementos culturales positivos que atesoramos como Iglesia, y que hemos de seguir potenciando. Personas que han sabido hacer de su vida bendición desde la fidelidad a su vocación, y a las que queremos dar espacio en las páginas siguientes con estos cuatro testimonios:



Marina Panera García, FPC

RESPONSABLE ÁREA

MISIÓN COMPARTIDA DE LA CONFER

Una vez más intentamos dar respuesta a todo lo que se nos pide por lo que, el área de Misión Compartida de CONFER, se hizo presente en el Congreso de las Vocaciones dinamizando un taller bajo el título: *Diferentes vocaciones, una misión compartida*.

Algunos se pueden preguntar qué tiene que ver la misión compartida (MC) con la cultura vocacional. Ambas están muy relacionadas ya que para poder compartir la misión primero uno se ha tenido que sentir amado, llamado y enviado por Dios a esa misión. Sin este presupuesto lo que se comparten son tareas y no caminos vocacionales dentro de la Iglesia. La cultura vocacional como la MC son temas transversales.

Para este taller contamos con la ayuda de tres laicos de diferentes familias carismáticas y una consagrada, la hermana Marina Panera García, responsable del área.

Desde la premisa de entender la vida como un regalo, como una llamada a una misión que realizamos *juntos* empezamos el taller compartiendo cómo vivimos la vida vocacionalmente.

La MC presupone en cada persona la vivencia de la vida como voca-

ción, pero muchas de las personas que llegan a nuestras casas/obras/equipos no han descubierto que son amadas y llamadas. Entonces el proceso de MC debe ayudar a cada persona a responder a la pregunta: ¿para quién soy?

Mientras avanzaba el taller íbamos explicando en qué consiste este camino. Este proceso sinodal radica en que personas de diferentes vocaciones caminemos juntos construyendo el Reino porque lo esencial es común y nos viene dado por el bautismo. Así nos lo recuerda nuestro papa Francisco: “el laico, más que como ‘no clérigo’ o ‘no religioso’, es bautizado, miembro del pueblo santo de Dios, que es el sacramento que abre todas las puertas. Lo que verdaderamente nos distingue como pueblo de Dios es la fe en Cristo, no el estado de vida considerado en sí mismo. Somos bautizados, cristianos, discípulos de Jesús. Todo el resto es secundario”. Muchos seglares y laicos se sienten llamados a vivir la misión desde un carisma fundacional concreto porque estos no son propiedad de las órdenes o institutos. MC es el proceso por el que los consagrados y laicos caminamos juntos compartiendo espiritualidad, misión y comunión porque no hay nada exclusivo, porque las diferentes vocaciones hacen que vivamos la misión de una forma significativa para enriquecernos y complementarnos (cf. ChL 55). Esta comunión es en y para la misión porque todos estamos llamados a la misma y única misión de la Iglesia. Nuestro Papa nos recuerda que “caminar juntos es el camino constitutivo de la Iglesia”.

En el taller pudimos compartir nuestra experiencia en este camino de comunión para la misión con sus dificultades, retos y oportunidades;

agradecemos este *regalo* e invitamos a caminar sinodalmente superando el “parcelismo”.

¡Es posible caminar juntos en la diversidad de vocaciones! Esto es lo que nos recuerda el Papa al presentar el documento conclusivo del Sínodo sobre la sinodalidad. Es posible cuando cada cristiano se siente parte y responsable de la misión evangelizadora y supera el pecado de la rigidez. Así lo vemos reflejado en las primeras comunidades cristianas. Debemos apoyarnos, no somos rivales, estamos todos en la misma barca; esa barca que presidía el Congreso. Para llevar esta Buena Noticia a nuestra sociedad, tenemos que trabajar *juntos*, unir esfuerzos. Porque juntos somos más fuertes, porque *Juntos Somos Más*. Este es el logo de nuestra área.

Todo esto se hace a fuego lento, muy lento. Es un proceso muy largo... porque tenemos que ir acotando distancias y tejiendo lazos entre nosotros, lo cual exige conversión personal e institucional. Queda mucho camino para pasar de una misión colaborada a una MC, para poder decir: compartimos la misión unos al lado de los otros. Estamos en camino... y merece la pena todo el esfuerzo en esta dirección a la que nos está empujando el Espíritu Santo. ¿Te apuntas?

Agradecemos la oportunidad que se nos dio con este taller, ya que nosotros estábamos acostumbrados a presentar esta experiencia a la vida consagrada y su entorno. Aquí el público era “la Iglesia”: obispos, párrocos, movimientos laicales, vida consagrada, laicos,... ¡¡Qué riqueza!! Todos llamados a remar *juntos* en la misma barca.



Pedro Jara Vera

DIÁCONO PERMANENTE DE LA
ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

En el contexto de la llamada vocacional, y antes de nada, quisiera subrayar la importancia de evangelizar a los pobres, tanto material como espiritualmente. Desde mi peculiar forma de vida, diácono permanente de la archidiócesis de Madrid, caminar hacia las fronteras de la pobreza es una misión esencial que asumo como Iglesia. Además, me gustaría reconocermé cada día como más pobre, pues siéndolo sé que transitaría hacia la liberación de las ataduras mundanas para seguir a Cristo con libertad, permitiendo que el corazón se llene de Dios y del amor hacia los demás. Esta pobreza, buena y evangélicamente deseada por mí, reconocerá la dependencia total de Dios y permitiría que el Evangelio transforme la vida.

La pobreza evangélica como clave del seguimiento de Cristo

La pobreza evangélica es fundamental para ser un verdadero seguidor de Cristo, lo que implica renunciar a lo material para priorizar a Dios en la vida. Aquel que no reconoce su propia pobreza ante Dios impide que el Evangelio transforme su existencia por completo. La Palabra de Dios ilumina la vida de los pobres, revelando su dignidad inherente y ofreciendo una

esperanza firme en Cristo. Esta iluminación permite superar la oscuridad y encontrar la paz verdadera.

Resulta, por tanto, necesario abordar tanto las necesidades materiales como las espirituales de los pobres. Si bien es crucial proveer a los hermanos con lo necesario para vivir dignamente, también es esencial acercarlos a la Palabra de Dios y al amor divino. A menudo, el sufrimiento más profundo de las personas no se origina únicamente en la carencia de bienes materiales, sino en la falta de amor, conexión y propósito en la vida. La Palabra de Dios tiene el poder de sanar heridas, reconstruir vidas y transformar el odio en amor, la desconfianza en esperanza.

El encuentro con la Sagrada Escritura como fuente de Iluminación

El encuentro con la Sagrada Escritura ofrece la capacidad de iluminar la vida de las personas y superar la oscuridad que las rodea. Jesucristo, como la palabra definitiva del Padre, guía a los creyentes hacia la paz y la reconciliación. Ignorar las Escrituras, según san Jerónimo, es ignorar a Cristo mismo, lo que a su vez impide el autococonocimiento y el desarrollo personal.

Cabe recordar el cumplimiento de la misión propia de la Iglesia; esta es, hacer discípulos, enseñando y bautizando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así, el ministerio de la Palabra implica dos aspectos fundamentales: ser servidores humildes de la Palabra de Dios y discernir la vida a través de ella. Para servir a la Palabra, es necesario dejarse guiar por ella, con humildad y apertura al Espíritu Santo.

El ejemplo de Felipe y el eunuco: guía del Espíritu Santo en la evangelización

El encuentro de Felipe con el eunuco es un ejemplo paradigmático de la

guía del Espíritu Santo en la evangelización. Felipe, movido por el Espíritu, se acerca al eunuco que lee las Escrituras y le pregunta si las entiende. El eunuco responde con una pregunta reveladora: “¿Cómo voy a entenderlo si nadie me guía?”. Este encuentro subraya la importancia de la enseñanza y la explicación de las Escrituras para que las personas puedan comprender y seguir a Cristo.

Por tanto, la enseñanza por parte de la Iglesia es urgente y necesaria, ya que no se ama lo que no se conoce. Felipe se une al eunuco en su camino, mostrando que la evangelización implica compromiso, cercanía y acompañamiento personal. Al predicar a Jesús, Felipe lleva al eunuco a la conversión y al bautismo, otorgándole una nueva vida en Cristo.

En el camino de la evangelización toparemos con diferentes confesiones cristianas e incluso personas de otras religiones. En todos los casos, es posible acercar el mensaje de Dios, adaptándose al contexto y buscando puntos en común. La secularización es un desafío que afecta a todas las religiones, por lo que es necesario volver la mirada a Dios y a los valores espirituales.

La Palabra de Dios es viva y eficaz, capaz de transformar la vida del ser humano. Jesucristo, la palabra definitiva del Padre, ilumina a aquellos que viven en tinieblas y los guía por el camino de la paz. La evangelización de los pobres es una señal inequívoca de que la Iglesia está cumpliendo su misión de anunciar el reino de Dios y llevar la salvación a todos.



Antonio Bellella Cardiel, CMF
DIRECTOR DEL INSTITUTO TEOLÓGICO
DE VIDA RELIGIOSA, MADRID

Hace solo unos meses, en el marco de unas jornadas de teología del laicado celebradas en la Universidad Pontificia de Salamanca, el teólogo Eloy Bueno de la Fuente propuso sustituir la consabida pregunta “¿qué es la Iglesia?”, por otra similar: “¿quién es la Iglesia?” Sin lugar a duda, el cambio del pronombre interrogativo nos sitúa en una perspectiva distinta. Insistir en el *qué* pone el foco en aspectos externos, efectistas y funcionales. Por el contrario, centrarse en el *quién* evoca búsquedas, inquietudes, carismas y procesos. La Iglesia del *qué* apunta su mirada hacia instituciones, tareas y logros, mientras que la del *quién* subraya el ideal de comunión y la diversidad presente en la multiplicidad de los rostros y personas vocacionadas.

El Congreso de Vocaciones se ha inspirado en una interpelación casi idéntica que el papa Francisco dirige a los jóvenes en su exhortación *Christus vivit*, y que se plasma en el lema de las jornadas: “¿Para quién vivo?”. Esta breve pregunta, en apariencia simple, ha estado presente en el aula en todo momento, cumpliendo una doble función. Por un lado, ha actuado a la manera de hilo de oro que unía

las perlas del collar de celebraciones, ponencias, talleres y momentos festivos; por otro, ha resonado como un bajo continuo, una armonía sostenida, que sintoniza con la identidad vocacional de todo cristiano. Ha quedado, pues, claro que no basta decir “tengo vocación” para hacer algo propio en la vida; más bien, se trata de llegar a percibir y expresar que “soy vocación” de un Dios que me propone vivir para Él y mis hermanos, con todas las consecuencias.

A mi parecer, la experiencia aglutinante del encuentro se sintetiza en la insistencia en vivir en “clave de *quien*”; creando así una Iglesia donde cada bautizado –cada *quien*– aporte su riqueza personal al ya rico caudal de la multiplicidad de formas de vida y de carismas. En este sentido, el Congreso ha dado pasos hacia la creación de una sensibilidad distinta. Por ello, tras la conclusión del mismo, los ecos que quedan en la mente y el corazón no corresponden tanto a contenidos adquiridos en un aprendizaje basado en ideas iluminadoras, cuanto al *vocationis gaudium*, es decir, a la dicha de ver una Iglesia que, dejándose interpelar por el Evangelio y la realidad, se reinicia vocacionalmente, discerniendo su identidad de un modo nuevo.

Un poco a través de experiencias concretas, otro poco por ósmosis, el encuentro ha puesto sobre la mesa algunos elementos, invitando a implementarlos en cada comunidad. ¿Cuáles son? Me refiero a la conciencia de unidad en la diversidad y de comunión en la pluralidad; al compromiso con la creación de una cultura vocacional; a la insistencia en la raíz sacramental de la vocación cristiana y sus expresiones (bautismo, matrimonio y orden); a la necesidad de transformar los recursos huma-

no-personales en capital humanizador-personalizador; al reconocimiento del don que aporta la riqueza y variedad carismática; y finalmente, a la tarea de rehacer el camino de la escucha y del seguimiento de Jesús en el anuncio el Evangelio.

Afortunadamente, la vida consagrada no ha participado en el Congreso como un bloque uniforme e indiferenciado, ni tampoco como un club exclusivo, separado del resto de la Iglesia y enrocado en su privilegiada condición. Considero también positivo que este haya sido el primer foro eclesial donde *toda* la vida consagrada presente en España se ha sentado a la misma mesa, sin reservas ni reproches mutuos, aparcando los particularismos estériles. La vocación nos une y, en este momento, atendiendo al contexto crítico, la llamada común se especifica primero en el dejarse interpelar por un doble *quién*: el del que nos ha llamado y el de aquellos a quienes somos enviados; y, en segundo lugar, a relativizar un doble *qué*: el de quienes todo lo cifran en rehacer el marco teórico y vital de la vida consagrada y el de quienes insisten en mantenerlo inalterado por ser, en su configuración clásica, el único modo perfecto de seguir a Jesús.

Acabo aludiendo a una preocupación sentida y compartida por toda la vida consagrada. Desde hace décadas la escasez vocacional mina nuestras fuerzas y pone a prueba el fundamento de nuestra vocación en la Iglesia y su relevancia, enfrentándonos a preguntas tan difíciles como estas: ¿Es nuestra vida consagrada una oferta evangélica válida? ¿Qué sentido tiene nuestra vida en la sociedad y en la Iglesia de hoy? Ahora que está siendo tan desacreditada, ¿dónde se funda su consistencia y relevancia? ¿Qué sentido tiene esta interminable

escasez vocacional en el marco del proyecto de Dios? ¿Cómo interpretar la obstinada crisis de reducción que experimentamos? ¿Qué mensaje salvífico muestra? ¿Hacia dónde nos quiere llevar Dios?

¿No será el momento de plantearnos una nueva mirada y de tomar en serio la posibilidad de *caminar y pensar juntos* que se ha realizado entre el 7 y el 9 de febrero de 2025?



Fray José Luis Galiana, osco

MONJE TRAPENSE DE LA ABADÍA
DE SAN PEDRO DE CARDEÑA, BURGOS

La propuesta de TET (testimonios, experiencias y talleres) que se me encargó fue el número 1 del Itinerario Palabra, en concreto una *Lectio divina* sobre un relato vocacional.

Como comenté al recibir la comanda, la *Lectio*, según la entendemos en el monasterio, es un momento de oración personal con la Palabra de Dios de frente, para lo cual se necesita un cierto clima de silencio y recogimiento. Esto, plantado en el Madrid Arena, me resultaba un poco imposible por lo que podía pasar de ser un rato de agradable encuentro con el Señor a un sermón muy pesado de 50 minutos.

Comenzamos, como se nos había pedido a los talleristas, explicando el

símbolo que habíamos mandado sobre el taller: Una tela arrugada (y por ello imperfecta) sobre la que había un cirio y siete velas más pequeñas, como imagen de esa Palabra (el cirio grande) que en la *lectio* nos ilumina e imagen nuestra (las siete lámparas más pequeñas) que iluminamos el mundo.

De ahí se explicaron los cuatro pasos tradicionales del ejercicio de la *lectio*: lectura, oración, meditación y contemplación, añadiendo un último paso -más moderno- la acción, ese ser lámpara pequeña, a veces insignificante, pero que ilumina allá donde esté.

También se hizo hincapié en la importancia de todo lo que rodea el momento de la *lectio*: un clima de recogimiento-silencio, comodidad física, un buen texto bíblico, un tacto agradable de libro que tenemos en las manos, un grafía clara, que nuestro cuerpo también esté en un momento oportuno, sin molestias, sin dolores físicos, con la cabeza ocupada solo en Dios, en paz interior y exterior... comenté cómo es el *scriptorium* donde los monjes hacemos cada mañana la *lectio* personal aunque comunitariamente, y el momento más oportuno.

La necesidad de ponerse en la presencia del Señor, ya que la *lectio* no es un acto litúrgico, pero sí orante. A modo de anécdota, cierta y para mí muy edificante, recordé cómo algunos de los hermanos mayores de la comunidad comenzaban su momento de *lectio* hincando las rodillas delante de su mesa en un momento de conexión-adoración-entrega a la Palabra de Dios.

Como paso previo, situamos a Jeremías en su momento histórico, familiar, político-social, personal... recordando que es un momento vital

muy parecido al actual, aunque sea hace 2.600 años atrás.

Y así entramos en harina...

Después de reconocernos en la presencia del Señor -aún estando escuchando de fondo otros 7 TET-, rezando juntos el salmo 118,12: "Tu palabra, Señor, es estable...

El texto elegido (Jr 1,4-19) me ha acompañado en todos los pasos de mi vida espiritual y es al que vuelvo en muchos momentos, tanto de paz como de desasosiego.

Después escuchamos el texto de la vocación de Jeremías... (lenta-mente, en los dos talleres en voz de mujer), intentando sumergirnos en la Palabra, a veces mirando-dejándonos mirar por el impresionante Cristo románico del monasterio de Palacios de Benaver, el Cristo de los ojos grandes... Rumiando la Palabra...

Entre el silencio interior que podíamos hacer, una suave música meditativa y el texto de Jeremías, de vez en cuando caía alguna cuestión para centrar el texto en cada uno de los presentes, en el aquí y el ahora, en el momento personal concreto, sintiendo cómo resonaba en nuestro interior, a qué me motivaba o hacia dónde me movía... qué contestaría si yo fuera Jeremías a la llamada del Señor...

El tiempo nos sacó de este encuentro tan personal con la invitación a la acción, a demostrar con nuestra vida esa respuesta a la llamada a la misión, ese sentirnos amados por sentirnos llamados, ese ser profetas en donde estemos. 

HABLANDO EN DIALECTO



Sobre camellos y jorobas

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

No libres a un camello de la carga de su joroba. Tal vez lo estés librando de ser un camello. Desde que leí esta frase en un libro de Joan Chittister, he pensado muchas veces en cuánta energía desperdiciamos soñando con una comunidad compuesta por sujetos que, sin perder su condición *dromedaria*, estarían despojados de sus jorobas. Imaginamos entonces a sor Remedios sin hacernos reproches porque no le preguntamos por su rodilla; a fray Raimundo cediendo de buena gana el mando de la televisión; a la hermana Enriqueta disculpando a las que todo lo desordenan; al hermano Baudilio sin mirarnos furibundo cuando llegamos tarde a Vísperas.

¿Daríamos más gloria a Dios liberados de esos defectos y de otros muchos? Me aventuro a responder que no y que esas jorobas forman parte, misteriosamente, de la gloria de Dios. Un Dios que, para asombro de los ángeles, es incapaz de remediar su encariñamiento por nosotros a pesar de nuestras torpezas.

Imaginemos también una comunidad en la que hubieran desaparecido las contrariedades, los enfados, las impacencias, las incoherencias, las meteduras de pata: nadie protesta ante un imprevisto, fluye la comunicación y se apuntan cuida-

dosamente los recados, se dialoga sin levantar la voz en los conflictos, se cede con facilidad y nadie masculilla por lo bajo letanías quejasas. Un dulce ungüento de unión baja por la barba, la barba de Aarón.

¿Algún inconveniente? Todos.

Nos perderíamos los gestos silenciosos de acercamiento para romper distancias, el alivio de sabernos perdonados, el precioso ejercicio de disculpar fallos, el calor del abrazo de reconciliación, la experiencia mil veces repetida de llevar el tesoro en vasos de barro, el milagro de seguir convencidos de que la vida fraterna es posible.

Con el permiso de Pablo estamos invitados a decir: “Para que no me sobreestime, soy portador de una joroba que se encarga de abofetearme para que no me enorgullezca. He rogado al Señor que la aparte de mí y me ha dicho: ‘Te basta mi gracia’. Así que seguiré presumiendo gustosamente de ella para que habite en mí la belleza de Cristo” (Cf. 2Cor 12). 

RETIRO MENSUAL



3

LA HUIDA Y LA VUELTA

Salvador León Belén, CMF

LA HUIDA Y LA VUELTA

INVITACIÓN

Sin momentos detenidos de oración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, tus tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio, las dificultades y el fervor se apaga (EG 262).

“Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro”. Escuchar en el corazón, no en la mente.

A Bertolt Brecht le preguntaron en una ocasión: ¿Cuál es su lectura preferida? Y él respondió: “Ustedes se reirán... es la Biblia [...] La Palabra de Dios refleja nuestros profundos y misteriosos deseos. La Biblia nos dice que, ante los muchos Gólgotas que hay en el mundo, nada podría justificarse si no hubiera resurrección. La Palabra de Dios protesta contra la tiranía, contra la servidumbre, contra los ídolos [...] Es la Biblia de los pobres, de los que desean ser liberados

de Egipto y peregrinan hacia la Tierra Prometida. Invita a pensar, traspasar fronteras”. La Palabra de Dios es el tesoro que ni la polilla, ni la carcoman corroen, ni los ladrones pueden hurtar (Mt 6,20).

ASOMARSE A LA BIBLIA

“Me he buscado en la Biblia y por todos los rincones he encontrado mis huellas” (León Felipe).

Todos estamos representados en la Biblia. Es, un poco, nuestra propia biografía, incluso en los personajes antagónicos: nos creemos Abel, pero también somos Caín; a veces nos reímos como Sara, y lloramos como Agar; nos pensamos como David, y también somos Goliat; algunas veces hablamos como profetas, pero no actuamos como tales; otras veces nos soñamos con el Amado y la Amada, pero no tanto con Job porque nos da miedo el sufrimiento. Somos como Pedro, capaz de dar la vida por Jesús y de negarle de haber estado con Él y de no reconocerle, como sucedió con los dos de Emaús; de ser incrédulos como Tomás y también creyente que confiesan: “Señor mío y Dios mío”.

¿Cuál es tu personaje favorito en la Biblia?

Supongo que lo habrás pensado alguna vez, ¿no? Si no lo has hecho, te invito a que te pares y lo hagas. Cuando se profundiza en ese personaje favorito que cada uno tiene, se descubren aspectos insospechados que nos ayudan en nuestra vida.

La Biblia es todavía desconocida. Nos la leen, nos la cuentan, pero ¿la leemos para descubrir en ella las raíces de nuestra fe? Necesitamos entrar más a fondo en ella para disfrutarla y saborearla. ¡Cuánto nos perdemos por conformarnos con tan

poco cuando tenemos un tesoro entre las manos!

Busca, encuentra tus huellas en ese gran viaje que va del Génesis al Apocalipsis, ve a tu paso, descansa de vez en cuando, pero, emprende la aventura.

En este retiro vamos a viajar con dos amigos que huyen de Jerusalén a Emaús y después emprenden el viaje de vuelta de Emaús a Jerusalén. ¡Aprovecha la oportunidad! ¡Viajemos con ellos!

Preguntas para la reflexión:

- ¿Cuál es tu actitud ante la Palabra de Dios?: escucha, olvido, acogida, indiferencia, pereza, interés, curiosidad, apertura, disponibilidad, escepticismo ...
- ¿Permites que la Palabra de Dios se hospede en ti y vaya trasformando tu vida?
- ¿Qué narraciones te interpelan, te atraen, te sorprenden más?

«NOSOTROS ESPERÁBAMOS...» (Lc 24,21)

¿Quién de nosotros no ha tenido un momento difícil en su vida? ¿Quién no ha tomado en alguna ocasión una dirección errónea porque estábamos ciegos? ¿En qué medida hemos visto logrados los sueños de paz, fraternidad y dignidad para todos? ¿Quién no anhela un profundo deseo de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra? “Nosotros esperábamos...”.

Y nosotros ingenuamente esperábamos una vida comunitaria perfecta, un matrimonio perfecto, un trabajo perfecto, unos hijos perfectos, un amigo perfecto, una casa perfecta, un viaje perfecto, unas vacaciones perfectas, ser comprendidos perfectamente, que todo se fuera cumpliendo

conforme a nuestros deseos, planes y proyectos. Con el paso del tiempo y la confrontación con la realidad caemos en la cuenta de la distancia entre el mundo ideal y el mundo real.

Los discípulos de Emaús son una buena imagen para reflejar las condiciones en las que llegamos a este momento de nuestras vidas personales, comunitarias, institucionales.

Emaús es un viaje que volvemos a emprender en este retiro para ayudarnos a ser “peregrinos de esperanza”, para dirigirnos a Jerusalén en lugar de quedarnos detenidos con nuestros cansancios y desánimos en Emaús, con nuestras primeras expectativas.

El objetivo de esta meditación es poder mantener viva la certeza de que Jesús nos espera a la vuelta de la esquina para acompañarnos en el camino, animarnos a vivir nuestra vida con esperanza alentados por su Palabra, como personas valientes que no tienen miedo de ir contra corriente y no se resignan al mundo tal como es, porque se atreven a realizar los más grandes ideales.



**Aunque la injusticia gane
la batalla, la victoria final
se llama resurrección**

«CONVERSABAN DE TODO LO QUE HABÍA SUCEDIDO...» (Lc 24,14)

Castillos en el aire

¿Qué cabe esperar después de lo que sucedió en Jerusalén? Solo quedaba abandonar los sueños, replegarse a las que fueron sus rutinas ha-

bituales, volver cada uno a su origen, encajar el golpe bajo, las esperanzas frustradas, conformarnos con cosas pequeñas...

Qué terrible es darse cuenta de que los sueños no se cumplen y el amor acaba crucificado. El desamor, la prepotencia, la injusticia ganaron la batalla, pero la victoria final se llamó: resurrección

El derrumbamiento. No pensamos con demasiada frecuencia en un hecho que es la realidad fundamental de la fe y de la esperanza cristiana. Un hecho que tiene su origen en un drama, el más terrible jamás vivido por los creyentes: la cruz. Dios se dejó matar. Con su Hijo Jesús muere en la cruz el sueño de la humanidad redimida, curada; el sueño de fraternidad y amor universal.

El sueño que durante tres años alentó la esperanza de los cielos nuevos y la tierra nueva.



El egoísmo masivo busca privilegios y «descarta» a las personas

Los que habían sido testigos de las acciones de Jesús, de sus enseñanzas, encuentros, milagros, predicaciones... tuvieron que presenciar la violación de sus esperanzas, un final desolador, una muerte inocente.

Todo lo que les quedó a los amigos de Jesús fue el horror, el dolor, el vacío, la ausencia del Maestro y amigo. Quedaron aturdidos, desorientados, sin esperanza; algunos dispersos, otros encerrados en sí mismos.

El horizonte se encogió, los límites se estrecharon. Solo quedaron los recuerdos.

El corazón casi sin vida. El miedo tomó posesión de ellos. Todo se volvió incomprensible, oscuro. El zarpa-zo de la injusticia destruyó al Maestro de la Vida. Los amigos le habían creído divino, capaz de amar sin límites, “profeta poderoso en obras y palabras”. Todo parecía el final de una historia frustrada, amarga, sin salida.

Todo quedaba trastocado, sin sentido. Una herida infinita recorría los días que estaban por venir. El des-concierto llegó al exceso. El mundo se les vino encima a los amigos íntimos de Jesús. Tuvieron que quedar en estado de *shock*. Un silencio abismal se hizo presente en cada uno de ellos.

Hoy, ¿qué nos está sucediendo? ¿De qué hablamos? Hoy el mundo parece un buque que pronto encallará y naufragará, parece ir a la deriva. Demasiado odio, demasiada injusticia, demasiada violencia, demasiados duelos, demasiadas derrotas, demasiados abusos de poder sobre los más débiles, demasiados desastres naturales, demasiada vergonzosa desigualdad entre los rollizos Epulones y los escuálidos Lázaros de los pueblos, demasiadas muertes en nuestros mares, en los desiertos, demasiados estragos en la tierra, en la madre tierra que nos acoge y alimenta. El egoísmo masivo busca privilegios y “descarta” a las personas como si fueran desechos... No dejan de existir conflictos, genocidios, sufrimientos, angustias... Nos hieren, nos derriban, nos postran. Seguimos viendo nuestra obstinada preocupación por las guerras y los muchos acontecimientos que marcan negativamente nuestro presente y oscurecen el futuro.

¿Cómo ver en estas realidades las maravillas de Dios? Por todas estas aguas navega la historia de la salvación, la historia de Dios caminando con nosotros.

Por eso nos atrevemos a decir que cada uno somos un peregrino de la historia sagrada y que Dios la está escribiendo a través de todos nosotros, aunque aún no vemos del todo la luz.

Jesús se hizo presente con los caminantes cuando les faltaban luz y esperanza, cuando experimentaban la mayor impotencia. Llegó con ellos al fondo de la desesperanza y les abrió los ojos. Lo no esperado, lo imprevisible, lo que no estaba en el horizonte de sus expectativas se hizo posible. Nada pudo destruir la grandeza del amor, la vida que Dios vino a darnos.

¿De qué hablamos? Hablamos de la dura realidad de tantas cruces familiares, de tantas personas que no acceden al mundo laboral, de muchas más que no llegan a fin de mes porque sus economías son muy precarias. Hablamos de personas vulnerables, inseguras, frágiles, desesperanzadas, incomprendidas, sin techo, sin trabajo, aparcadas en las cunetas de la vida.

Hablamos de epidemias de soledad, de vidas truncadas, de personas incapaces de salir de los estrechos confines de su pequeño yo. Hablamos de vidas a las que no llega la paz, la salud, la alegría, el pan de cada día, que permanecen con espinas, con ataduras y esclavitudes que esperan la liberación, el nuevo amanecer, el vuelo en libertad.

Hablamos de poder encontrar el gusto en un sorbo de vino y un bocado de pan y sentir que estamos, acompañados, acogidos, comprendidos, respetados, queridos. Basta con decir: “no estoy solo”. Basta con

dar y recibir amor, con hacernos más llevaderos los caminos por los que transitamos cada día, con alegrarnos juntos mientras vamos de camino.

Nuestro retiro es una nueva oportunidad para abrirnos a Jesús, la realidad que nos habita, y narrar juntos todo lo que ha ido sucediendo en nosotros en las últimas semanas: ilusiones, cansancios, pesos, alegrías...

La realidad concreta que habían vivido les dolía, les pesaba.

Preguntas para la reflexión:

- Y a nosotros ¿qué nos duele? ¿Qué es lo que ocupa y preocupa a mi corazón? ¿Cuáles han sido nuestras desilusiones, nuestros cansancios, tristezas? ¿Qué ha sido lo mejor y lo que no esperábamos que aconteciese? ¿Qué nos ha quitado la paz mientras íbamos de camino?
- Ellos dejaron de soñar. Esperaban mucho y todo acabó en la cruz. El tono de sus conversaciones fue el de la derrota, el de la falta de fe y de esperanza.
- Con el paso del tiempo y el recorrido de nuestras experiencias, ¿cuál es nuestro tono vital y el tono de nuestras conversaciones? ¿Cuál es nuestro Emaús particular? ¿Qué es lo que ya se nos ha venido abajo o debería venirse abajo porque tal vez esté edificado sobre arena?

«MIENTRAS ELLOS CONVERSABAN Y DISCUTÍAN» (Lc 24,15)

La esperanza entró por la herida. Jesús entra en nuestras vidas en días así, mientras desandamos el camino de vuelta a Emaús, que es para nosotros el lugar de la no esperanza, el lugar del desencanto, del llamado “realismo”. El lugar al que vamos sabiendo que allí no ocurrirá nada nuevo y que tendremos que aceptar el

mundo tal como es y conformarnos con él y no soñar más.

También nosotros hemos descendido por valles oscuros, noches prolongadas donde parece que no hay ni un hilo de luz amiga que dé valor. Solo oscuridad y tristeza, oscuridad y miedo. Nada más. Nada más.

Jesús finge no saber nada. Sus primeras palabras consisten en una pregunta: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”.

Quiere escuchar la interpretación que esta pareja hace de los hechos que han acaecido, oír lo que entendieron de su vida y muerte en la cruz. Para que se cuestionen y se abran a una comprensión, más amplia, de los acontecimientos.

¿Cómo saldrán los dos de Emaús de esa desesperación? Será lo impensado lo que les salve, una irrupción de asombro y novedad en medio del encogimiento y la decepción.

”

La Palabra de Jesús abre un porvenir que no está en nuestras posibilidades

Aconteció lo inesperado. Jesús explica la Palabra a los dos discípulos en el camino e ilumina a los dos caminantes, al principio confusos y ahora atentos. Y les invita a hacer memoria, a recordar. Los dos de Emaús son como nosotros, personas inseguras, frágiles y dubitativas a las que Alguien había iluminado el corazón. Y Jesús se lo recuerda.

La Palabra de Jesús está ahí para decirnos que había venido para dar

vida, para que nada ni nadie se perdiera, para que la desesperación no fuera más fuerte que la esperanza. La Palabra de Jesús abre un porvenir que no estaba en las propias posibilidades de los dos de Emaús ni tampoco en las nuestras.

La pregunta de Jesús es portadora de un nuevo recorrido. Acaba de poner un interrogante en el corazón de aquellos que se habían puesto en retirada.

Preguntas para la reflexión:

- La pregunta que ahora se nos dirige a nosotros es: ¿Qué buscamos? ¿Qué nos mueve? ¿Cuál es mi deseo y meta? Porque este es el resorte de todo, el motor que pone en marcha cada nuevo comienzo. ¿En qué lugar del camino de Emaús me encuentro?

“Él es nuestra esperanza”. La esperanza centra nuestra vida en las cosas que importan, no se distrae con los afanes superficiales: ir de compras, mirar continuamente el WhastsApp; no se ancla en la amargura, en la negatividad, en todo lo que nos roba tiempo en nuestra vida.

La esperanza no defrauda. Jesús no dejó en la estacada ni a la deriva a los dos caminantes. Está ahí para decirnos que no hay muerte sino vida, que la última palabra no es la injusticia sino la justicia que la luz; vence a las sombras, que la gracia triunfa sobre el pecado; el amor gana al desamor; la bendición, a la maldición. De alguna manera se esconde el don en medio de muchas lágrimas. Hay don en las lágrimas. Donde está la herida, allí está el don. “Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia”

“Vive Cristo, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de

este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida. Entonces, las primeras palabras que quiero dirigir a cada uno de los jóvenes cristianos son: ¡Él vive y te quiere vivo!

Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar. Cuando te sientas aventajado por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza” (Francisco, *Christus vivit*, 1-2).

Tampoco a nosotros nos deja solos en el camino. El discreto Maestro se acerca y camina con nosotros. No siempre lo reconocemos, pero está. Dios nos habla siempre por medio de los acontecimientos de la vida, se manifiesta de modo escondido en todo lo que sucede. Está ahí incluso cuando parece que falte el vino de vida y de la alegría, del consuelo y de la esperanza, de la fiesta a que estamos todos invitados.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Cómo hemos advertido que Dios se nos ha hecho presente? ¿A través de qué personas, experiencias, lugares?...
- ¿Qué es lo que ahora nos preocupa? ¿Qué nos está pesando? ¿Cómo estamos viviendo?
- Abrimos el corazón y dejamos que Él y su Palabra tengan un sitio en medio de nosotros. Compartimos con Él lo que llevamos en el corazón.

HEMOS LLEGADO A EMAÚS

Vemos a los tres sentados a la mesa y, de repente, la historia da un giro inesperado para los dos discípulos que habían invitado a Jesús a ce-

nar con ellos. Ahora ya no son ellos quienes ofrecen algo a Jesús, sino que es Jesús quien les da el pan. Los discípulos abren los ojos. Hasta ese momento habían estado como ciegos, todavía no le habían reconocido porque el sufrimiento de la ausencia era mayor que el reconocimiento de la nueva presencia.



Partir el pan es el signo indeleble de Jesús, la marca que lo distingue

Los discípulos necesitan que Jesús parta el pan para que caigan los velos de sus ojos. Partir el pan es el signo indeleble de Jesús y la marca que lo distingue. Solo Él parte así el pan y ese gesto resume su vida. Se hace pan para todos e invita a los demás a hacer lo mismo.

“Se les abrieron los ojos”. Los discípulos ahora ven, y ven a Jesús vivo. En esas pocas palabras se nos señala un proceso fundamental de la fe. Cuando reconocemos a Dios en nuestra vida –a través de una intuición, una experiencia, una palabra leída o escuchada–, somos capaces de conectar los signos de la presencia de Dios que hemos recibido a lo largo del tiempo, pero que no habíamos comprendido antes. Estaba ahí pero no lo veíamos. Los discípulos ven a Jesús partir el pan y conectan.

La dirección correcta es siempre la de Jesús que partió de las necesidades de las personas: el ciego Bartimeo, el hambre de la multitud, la desesperanza de los de Emaús, la

sed de la mujer, el consuelo de la madre que llora la muerte del hijo.

Terminamos este retiro con las palabras del papa Francisco: “Quien quiera predicar, primero debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y a hacerla carne en su existencia concreta” (*Evangelii gaudium* 150).

Emaús fue un momento privilegiado para no dejar que Jesús pasar de largo. Le invitan a entrar en casa. Se abren los ojos. Ahora la presencia de Jesús les devuelve la ilusión, la confianza, la fuerza perdidas. Ahora vuelven con la alegría del Reencuentro. Ahora todo cambia.

Preguntas para la reflexión

- ¿Cómo recobramos nosotros más paz, más ilusión, más fuerza? ¿Qué pasos damos para crecer juntos en la fe? ¿Qué nivel de comunicación compartimos?

ORACIÓN

“*Quédate* con nosotros, Señor, acompáñanos, aunque no siempre hayamos sabido reconocerte.

Quédate con nosotros porque en torno a nosotros se van haciendo más densas las sombras y tú eres la Luz; en nuestros corazones se insinúa la desesperanza y tú los haces arder con la certeza de la Pascua. Estamos cansados del camino, pero tú nos confortas en la fracción del pan para anunciar a nuestros hermanos que en verdad tú has resucitado y que nos has dado la misión de ser testigos de tu resurrección.

Quédate con nosotros, Señor, cuando en torno a nuestra fe católica surgen las nieblas de la duda, del

cansancio o de la dificultad: tú, que eres la Verdad misma como revelador del Padre, ilumina nuestras mentes con tu Palabra; ayúdanos a sentir la belleza de creer en ti.

Quédate en nuestras familias, ilumínalas en sus dudas, sosténlas en sus dificultades, consuélalas en sus sufrimientos y en la fatiga de cada día, cuando en torno a ellas se acumulan sombras que amenazan su unidad y su naturaleza.

Tú que eres la Vida, *quédate* en nuestros hogares, para que sigan siendo nidos donde nazca la vida humana abundante y generosamente, donde se acoja, se ame, se respete la vida desde su concepción hasta su término natural.

Quédate, Señor, con aquellos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con todas las personas, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad.

Quédate, Señor, con nuestros niños y con nuestros jóvenes, que son la esperanza y la riqueza de nuestro continente, protégelos de tantas insidias que atentan contra su inocencia y contra sus legítimas esperanzas.

¡Oh, buen Pastor, *quédate* con nuestros ancianos y con nuestros enfermos! ¡Fortalece a todos en su fe para que sean tus discípulos y misioneros!” (Benedicto XVI). 

ALGO ESTÁ BROTANDO



Pequeños logros

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

Mi hermano es entrenador deportivo y, algunas veces, me ha preguntado por nuestros hábitos y rutinas físicas relacionados con una vida saludable y en forma. He tenido que confesar que, con frecuencia, en nuestras comunidades no hay una conciencia despierta ni el cuidado necesario de nuestra salud física. (Dejemos por ahora la salud espiritual, aunque todo está conectado). Conozco hermanos muy constantes en el paseo diario o en hacer algo de *footing*, pero, habitualmente, no es tan saludable nuestro ritmo cotidiano, al menos el mío.

Recuerdo que, cuando era postulante en Salamanca, vino a visitarnos el Definidor (Consejero) General de Roma. Era una cosa muy solemne aquello de un visitador que venía de Roma. Traía la encomienda de preguntar por nuestra vida y saber cómo estábamos. Se llamaba Rodolfo. No recuerdo nada de sus otras recomendaciones, pero preguntó si teníamos habitualmente algún ejercicio físico. Se lo he recordado cuando nos hemos vuelto a encontrar casi 40 años después.

Días atrás, me regalaron un reloj de esos que te programan objetivos. Me estaba deprimiendo viendo que pocas veces alcanzaba los objetivos marcados. Y mi hermano me recomendó: ahora es importante, y se lleva, marcarse pequeños objetivos

diarios, no grandes metas difíciles o de entusiasmos pasajeros. Me decía: poner la lavadora, subir las escaleras andando, levantarse con frecuencia de la silla... Me ha recordado aquello de que los pequeños gestos cambian el mundo y nos pueden ayudar a vivir despiertos. Así que, manos a la obra: he repasado rutinas cotidianas no sanas, tratando de animarme en cosas que parecen tontas o inútiles, pero que son despertadoras:

- Repasar cada día la mampara del baño al terminar la ducha son 30 segundos.

- No dejar de poner la pasta de dientes en el cepillo cada vez, aunque tenga prisa o esté acelerado.

- Subir las escaleras andando las veces que vuelvo a mi habitación (cuarto piso).

- No pasar de largo si veo a veces las hojas de las macetas caídas en el suelo.

- No saludar de lejos al Señor en la capilla cuando termina el día, con un pie fuera, sino ir allá cerca y que sea como un beso de buenas noches tranquilo y consciente.

- Caminar un rato cada día...

- Y tantos posibles gestos invisibles, gratuitos e insignificantes que pueden darle brillo a lo cotidiano.

¿Cuáles son tus “pequeños” logros? 



María Ángeles Fernández Muñoz

«La vida religiosa interpela a un mundo que busca la plenitud en lo efímero»

Madre, *metida a laica* por convicción –«y con identidad propia»–, lectora disfrutona y tejedora a ratos. Si alguien ha sabido dar voz a la Iglesia en España estos últimos veinticuatro años es María Ángeles Fernández Muñoz (Madrid, 1972), y paradójicamente, pocas veces ha expresado con sus palabras la visión propia de la verdad que comunica. *Vida Religiosa* le ha preguntado por el horizonte hacia el que, como un pueblo, debemos avanzar. «Una Iglesia “en salida” solo es posible si aprendemos a sumar dones y a remar en la misma dirección».

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROVINCIA CLARETIANA DE SANTIAGO

¿Cómo has vivido el reciente Congreso de Vocaciones? ¿Qué conclusiones te llevas de él?

Para mí ha sido muy positivo, no solo por lo vivido el fin de semana, sino por todo el camino de preparación y por el que aún nos queda por recorrer. Pero centrándonos en estos días en Madrid, cada ponencia, cada testimonio, cada espacio de encuentro, pero también los momentos de silencio y oración, han sido una oportunidad para redescubrir que la vocación va mucho más allá de nuestros gustos, de nuestras aspiraciones y de nuestros planes. Es el sueño grande y único que tiene Dios para cada uno de nosotros. Compartir con personas que viven su vocación desde realidades tan diversas ha sido un regalo. Desde quienes han consagrado su vida a Dios en el sacerdocio o la vida religiosa, hasta laicos que encuentran en su profesión, en su familia o en el servicio a los demás la manera de ser sal y luz, todos hemos sido interpelados por una misma pregunta: “¿Para quién soy?”. A mí me inspiran mucho estas palabras del cardenal Newman: “Soy el eslabón de una cadena, un vínculo de conexión entre personas. Haré el bien, haré su obra; seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en mi propio lugar, aunque no lo entienda”. Porque yo entiendo la vocación no como un punto de llegada, sino como un camino de fidelidad diaria. No se trata de esperar el momento perfecto o las condiciones ideales para responder, sino de acoger la llamada en lo concreto, en lo pequeño, en lo cotidiano. No somos simplemente alguien; somos alguien para los demás, siempre y en cualquier circunstancia. Así, cada pequeño acto se convierte en una respuesta; cada

decisión cotidiana en un eco de esa llamada que nos hace Dios.

En el Congreso se usó una expresión bastante elocuente: «meterse a laico». ¿Cómo ves al laicado en la Iglesia en relación con otras formas de vida cristiana?

Es fundamental entender que la vocación laical no es una opción secundaria, sino una llamada tan radical y plena como cualquier otra. No se trata de una vocación de “segunda” ni tenemos solo tareas de apoyo o colaboración. Nuestra vocación es una invitación a ser levadura en la masa del mundo, a transformar lo cotidiano: en los hogares, en las calles, en el ámbito económico, social, político, cultural... El reto está en redescubrir esta vocación con identidad propia, sin complejos ni reduccionismos. Tenemos que creérnoslo y tomarnos en serio nuestra llamada; para mí esto es básico. “Meterse a laico” implica asumir con plenitud la misión bautismal y caminar con seguridad y libertad, sin esperar siempre directrices externas. Nuestra tarea, sea cual sea nuestra vocación, es hacer realidad ese sueño de Dios, comprometernos con pasión, caminar con esperanza y dejar huella en el mundo, como recordaba el Papa en el Sínodo de los Jóvenes.

Y a la vida consagrada, ¿cómo la ves? ¿Qué palabra ofrecen al mundo los consagrados y consagradas?

En un mundo que busca plenitud en lo efímero, ellos, con su vida, con su presencia silenciosa, con su oración constante, con su entrega sin reservas nos interpelan. Desde los monasterios hasta las misiones, desde las cárceles hasta las aulas, los consagrados y consagradas iluminan la vida con una entrega radical que de-

safía la lógica del mundo. En un tiempo marcado por la prisa y el ruido, ellos nos regalan la belleza de la vida contemplativa, la fuerza del silencio habitado por Dios; y en una sociedad que muchas veces mide el éxito por la rentabilidad, su opción radical nos habla de una felicidad que no se compra, sino que se regala. Yo creo que no solo en la Iglesia, sino en la sociedad, son imprescindibles. A lo largo de la historia, la vida consagrada ha sido un motor de cambio y así entiendo que lo seguirá siendo.

Un tema sobre el que se reflexiona desde hace años en distintos foros de Iglesia y de consagrados es la misión compartida. ¿En qué punto estamos? ¿Hacia dónde debería caminar?

Bueno, yo creo que la realidad es muy diversa: hay lugares donde la misión compartida es un camino consolidado y otros en los que apenas comienza a vislumbrarse. Pero lo esencial es siempre el encuentro: conocernos, descubrir nuestra identidad y, desde allí, caminar juntos. Una Iglesia “en salida” solo es posible si aprendemos a sumar dones y a remar en la misma dirección. En este sentido, me parece muy importante el proceso sinodal en el que nos encontramos y que pone de relieve la importancia de una Iglesia en la que todos los bautizados asumamos nuestra corresponsabilidad. No se trata solo de “colaborar”, sino de vivir una auténtica comunión en la diversidad de carismas y ministerios. Pero tenemos un desafío y es superar las inercias del pasado. A veces, la misión compartida se ha visto con cierto temor, como si restara identidad a cada vocación. Cuando laicos, religiosos y sacerdotes caminamos juntos, nuestro testimonio es aún más creíble. La clave es la confianza

mutua y la humildad para reconocer que todos necesitamos de todos. También es cierto que necesitamos estructuras que favorezcan el trabajo conjunto. No podemos quedarnos solo en buenas intenciones, sino que hay que favorecer que se traduzca en modos concretos. Como nos recuerda el papa Francisco, “soñamos con una Iglesia sinodal, donde cada uno pueda sentirse en casa y participar con su voz y su corazón”. Me encanta la expresión “sentirse en casa”. Ese es el horizonte hacia el que debemos avanzar.

Desde tu ser periodista, ¿cómo crees que es percibida la Iglesia en el mundo hoy?

La percepción de la Iglesia en el mundo hoy es compleja y, en muchos casos, está condicionada por narrativas parciales o prejuicios heredados. Es cierto que persisten tópicos y miradas sesgadas, muchas veces fruto del desconocimiento o de una visión reducida a ciertos episodios históricos o conflictos actuales. Sin embargo, la Iglesia es mucho más que los titulares que aparecen en los medios: es una realidad rica y plural. El papa Francisco nos recuerda constantemente que la Iglesia no es una institución cerrada en sí misma, sino un “hospital de campaña”, una comunidad en salida que acoge, sana y acompaña. Es en esta dimensión donde se revela su verdadero rostro, aunque muchas veces pase desapercibido para la opinión pública. Las misiones, los proyectos sociales, la defensa de la dignidad humana, el compromiso con los más pobres y marginados: todo esto forma parte de una Iglesia que no siempre es reconocida en su verdad. Por ello, más que quedarnos con una imagen parcial o distorsionada, estamos llamados a mirar con más am-

plitud, a descubrir la inmensidad de su misión. Esto implica también una responsabilidad para los comunicadores y periodistas católicos: dar a conocer la belleza y la riqueza del Evangelio vivido, mostrando cómo la Iglesia sigue siendo hoy un lugar de encuentro.

¿Sabe comunicar la Iglesia su mensaje al mundo? ¿Qué necesita para comunicar mejor?

La Iglesia ha sido, desde sus inicios, una gran comunicadora. Jesús mismo es el Verbo hecho carne, la Palabra viva de Dios, y sus enseñanzas han sido transmitidas a lo largo de los siglos con una fuerza que ha transformado culturas y corazones. A lo largo de la Historia la Iglesia in-

cluso ha sido pionera en algunos aspectos comunicativos o ha alentado iniciativas muy interesantes. Cada época plantea nuevos desafíos en la comunicación de la Buena Noticia y tenemos que estar a la altura. Hoy, en un mundo saturado de información, donde los discursos compiten por captar la atención en segundos, la Iglesia necesita seguir actualizándose en el ámbito comunicativo pero sin perder la esencia de su mensaje. Esto implica no solo utilizar nuevos medios y plataformas, sino también aprender a hablar el lenguaje de la gente, a ser claros, directos y cercanos. Además, la comunicación eclesial no se reduce a los medios de comunicación o a las redes sociales; cada uno de los bautizados somos,



en nuestra vida cotidiana, un comunicador del Evangelio. Nuestro testimonio personal es el mensaje más creíble que podemos ofrecer. La Iglesia comunica mejor cuando es auténtica, cuando su lenguaje es la misericordia y cuando sabe escuchar antes de hablar. Solo así podremos tocar el corazón de un mundo que, más allá del ruido, sigue teniendo sed de verdad y esperanza.

¿Percibes contaminación política en los mensajes que lanza la Iglesia a la sociedad? ¿Crees que la Iglesia misma lo asume así?

Es cierto que, en ocasiones, los mensajes de la Iglesia pueden ser interpretados desde una óptica política, generando confusión o incluso re-

chazo. Sin embargo, la Iglesia no está llamada a ser un actor político en el sentido partidista del término, sino una madre que cuida, acompaña y orienta. En un mundo donde los discursos se polarizan (por cierto, cuidémonos también nosotros de caer en la polarización), la voz de la Iglesia puede incomodar tanto a unos como a otros. Esto sucede porque el Evangelio no se ajusta a las categorías de izquierda o derecha, sino que pone en el centro a la persona y su dignidad. El papa Francisco nos recuerda constantemente que la Iglesia no debe caer en la tentación del clericalismo político ni dejarse instrumentalizar. Cuando la Iglesia denuncia la pobreza, la exclusión o la guerra, no lo hace desde una ideología política,



sino desde su misión profética de ser voz de los sin voz.

¿Dónde convergen la comunicación y la evangelización?

La comunicación y la evangelización convergen en el anuncio, y especialmente en el anuncio a través del testimonio, de la experiencia vivida, porque pienso que no basta con transmitir un mensaje; es necesario encarnarlo. La evangelización no es solo cuestión de palabras bien articuladas, sino de una vida que refleja lo que se anuncia. La coherencia de vida es el lenguaje más elocuente de la fe. Si los cristianos comunicamos el Evangelio con nuestra alegría, nuestra compasión y nuestra autenticidad, somos más eficaces que mil discursos. Creo que la responsabilidad del comunicador católico no es solo la de contar unos hechos puntuales, sino la de despertar el deseo de Dios en el otro, la de mostrar que su Palabra es una buena noticia real, actual y transformadora. Ser testigos de la esperanza, de la verdad y de la belleza es la gran tarea que tenemos los comunicadores cristianos.

Decía san Pablo VI que la sociedad precisa más testigos antes que maestros, y tú en tu programa has podido dar voz a muchos de ellos. ¿Recuerdas algún testimonio especialmente que puedas compartirnos?

Para mí esta pregunta es muy difícil, porque entiendo que estáis esperando nombres y apellidos concretos. Pero, de verdad, cada persona que ha pasado por el programa ha dejado en mí una huella. Hay historias que nos han confrontado con el dolor y la búsqueda del sentido de la vida, pero también otras que nos han mostrado la belleza de lo cotidiano. Recuerdo especialmente el

testimonio de quienes han encontrado esperanza en medio de la adversidad. Personas que se han encontrado cara a cara con el dolor y, sin embargo, han descubierto que la fe les ha dado un horizonte más grande que el sufrimiento. Pienso también en aquellos que dedican su vida a los demás, como médicos o maestros que ven, en cada paciente o alumno, un rostro único; o misioneros que viven en zonas de guerra o pobreza extrema. También en las familias que, en lo pequeño, en la rutina de cada día, construyen un testimonio silencioso de amor. Me parece igualmente apasionante lo que muchas personas que vienen al programa nos transmiten a través del arte, la música o la literatura; ahí también está Dios.

Y en sentido contrario, pero desde el mismo conocimiento que atesoras de la Iglesia, ¿se ha puesto en peligro en algún momento tu fe o tu sonrisa?

La fe, gracias a Dios, nunca. No porque no haya habido dudas o incertidumbres, sino porque, aun en medio de ellas, siempre hay una certeza más grande que el miedo. Y la sonrisa..., alguna vez desaparece, claro. Hay situaciones que me duelen mucho, también en el seno de nuestra Iglesia, por supuesto. Pero suelo encontrar motivos para recuperarla rápidamente. “El corazón gozoso alegra el rostro”, dice el libro de los Proverbios, y yo, sin ser ajena a la realidad, trato de vivir así. 

ECOS DEL CLAUSTRO



La simplicidad encuaderna las páginas de la vida

Mª Pilar Avellaneda Ruiz, ccsb

MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN (CÓRDOBA)

Cada ser nace simple y sin miedos. Pero esta simplicidad infantil es incompleta, carece de un elemento vital para el ser humano: *la experiencia*, la cual se engrandece con el paso de los años. Las lecciones de la vida nos van moldeando y dando capacidad de simplificar, conforme aprendemos a discernir *lo esencial*, lo que es cimiento de la existencia, y vamos cultivando la *capacidad de asombro* ante lo nuevo que descubrimos. Entonces la simplicidad encuaderna las páginas de la vida y armoniza las tramas del día a día.

Cada mañana, al abrir los ojos, tenemos ante nosotros diversos caminos y horizontes. Optar por la simplicidad significa romper la rutina cotidiana para abrir una brecha de luz en el muro del egoísmo. Cuando opto por la simplicidad, vivo la vida sin muros ni defensas.

Vivimos tiempos complicados. Y creemos que simplicidad se opone a dificultad, pero es en el corazón de las dificultades donde se forja una persona simple.

En la civilización del ruido en la que nos movemos, hemos ganado en velocidad y autonomía, pero se nos escapan *la sencillez* y *la belleza* escondidas en la simplicidad de nuestras vidas consagradas. Necesitamos parar y mirar toda nuestra experiencia de peregrinaje por esta vida –incluso

miremos los momentos de dolor y fragilidad–, es impresionante cómo las dificultades han sacado lo mejor de nosotros mismos y de nuestras comunidades.

Siempre me sorprende que, en las vísperas de su deportación a Auschwitz, Etty Hillesum escribió: “Lo esencial es vivir a la escucha de tu propio ritmo y tratar de vivir respetándolo. Estar a la escucha de lo que sale de ti”. En un tiempo convulso, Etty supo vivir a la escucha, la simplicidad encuadernó las páginas de la vida que le tocaba escribir.

Merece la pena dejarnos encuadernar la vida con la simplicidad. Todos sabemos que el trabajo artesanal de encuadernar no solo es coser pliegos de papel. También incluye la fabricación de una cubierta para proteger el libro y darle consistencia. De igual modo, la simplicidad une, protege y da consistencia a todas las piezas de la vida de quien escucha su propio ritmo y el de sus hermanos, y vive respetándolo.

No hay recetas para la simplicidad, pero se descubre recorriendo los caminos del total abandono en manos de Dios, con verdadera responsabilidad, lejos de toda excesiva preocupación. Entonces, el presente y el futuro se visten de esperanza. 



EL TERMÓMETRO DE LA SINODALIDAD DOMÉSTICA

Manuel Ogalla, CMF

MISIONERO CLARETIANO, HARARE (ZIMBABUE)

Hace tan solo unos meses se publicaba el *documento final* de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos¹ que clausuraba todo un proceso de descubrimiento, aprendizaje y profundización que durante tres años ha fortalecido la comunión, ha sostenido la participación y ha alentado la misión de una Iglesia que solo se entiende de forma

sinodal. Este documento tiene la sana pretensión de ser, por un parte, convergencia de los muchos esfuerzos y aportaciones, sinergia de las diferentes sensibilidades y culturas, síntesis de las múltiples búsquedas existenciales y realidades eclesiales que a lo largo de este proceso sinodal se han dado la mano y han tejido la belleza singular, genuina y -valga

la expresión- incluso caleidoscópica de la comunidad creyente que peregrina en la tierra; así mismo, por otra parte, este documento es un detonante valiente y decidido que impele a todo el pueblo de Dios a escrutar estilos nuevos, otear horizontes más amplios, y remar siempre mar adentro para encontrarse con la riqueza de lo inesperado que, como la gracia, nos sobrecoge por sobreabundante. A la luz de este documento postsinodal, no caben medias tintas ni ensayos mediocres. En este tiempo jubilar se nos invita a responder, de forma radical y coherente, a la llamada a caminar juntos en verdadera sinodalidad. Si además recordamos que el número 46 de *Vita consecrata* nos pedía a las personas consagradas que fuéramos “verdaderamente expertas en comunión”, indudablemente el reto está servido.

En este sentido, desde el comienzo del proceso sinodal, la vida religiosa -en su pluralidad de carismas y encarnada en todos los rincones de la tierra- ha sido acicate ejemplar de procesos participativos en todos los ámbitos eclesiales, así como estímulo provocador e inclusivo que genera a su alrededor plataformas que facilitan “la conversación en el Espíritu, el discernimiento comunitario, el compartir los dones vocacionales y la corresponsabilidad en la misión”². Sin ambages ni vacilaciones, podemos afirmar que la vida religiosa ha fomentado concienzudamente que, en las diferentes iglesias locales, parroquias y pequeñas comunidades de base, la sinodalidad se establezca como el *modus vivendi et operandi* y el estilo que conforma el ser eclesial³.

Sin embargo, con sinceridad y humildad, me brota una honda preocupación al constatar que ciertas comunidades religiosas y fami-

lias carismáticas han olvidado que la invitación a generar una dinámica sinodal no solo es una tarea apostólica *ad extra*, sino -y sobre todo- una exigencia constitutiva *ad intra*. Parece que los esfuerzos invertidos y la generosidad donada para hacer de nuestra Iglesia un “lugar habitable” para todos y un verdadero espacio de encuentro donde todos nos sintamos parte activa y responsable no han calado en nuestros ritmos comunitarios ni en nuestras dinámicas cotidianas. ¡Trabajamos por la sinodalidad, pero nos cuesta vivirla! Muchas de nuestras comunidades están sufriendo lo que el documento postconciliar denomina una “crisis de la participación -es decir, de sentirse parte y actores de un destino común-”⁴.

Por ello, en esta ocasión me lanzo a la aventura de proponer una herramienta que podemos llamar el *termómetro* de la sinodalidad doméstica. Este ejercicio tiene dos dimensiones claramente entrelazadas e inseparables, ya que goza de un carácter evaluativo y, al mismo, tiempo de una impronta parenética. Por un lado, nos ayudará a tomar el pulso a nuestra comunidad sobre el grado de adecuación a los dinamismos sinodales, y, por otro lado, nos animará a fortalecer y a reafirmar tanto el sentido de pertenencia como la participación activa y responsable.

Este termómetro de la sinodalidad doméstica puede contextualizarse en el marco de un día de retiro. Si es posible, aprovechemos para salir de casa y dejar a un lado la monotonía que nos encorseta. El termómetro de nuestra sinodalidad doméstica se activa con una lectura meditada y contemplativa del capítulo 12 de la primera carta de Pablo a los Corintios. Una *lectio divina* que posibilite

la toma de conciencia, en primer lugar, de los dones con los que el Señor nos ha bendecido a cada uno de los hermanos y hermanas que conformamos la comunidad; y, en segundo lugar, la invitación responsable a poner dichos dones al servicio de la fraternidad. La analogía paulina del cuerpo y los miembros nos sitúa en un ámbito de participación generosa y corresponsabilidad sincera, o lo que es lo mismo, en clave decidida de sinodalidad doméstica. De esta manera, el termómetro puede comenzar ya a diagnosticar la salud de nuestro cuerpo comunitario.

En este mismo clima orante y discerniente es pertinente traer al corazón algunas preguntas que pueden iluminarnos y marcar la temperatura corporativa: ¿Es mi comunidad un espacio abierto y libre que me anima a compartir quien soy, mis sentimientos, mis preocupaciones, mis dones? ¿Siento que mi comunidad escucha mis opiniones con respeto y empatía y se tienen en cuenta en los discernimientos compartidos? En el seno de mi comunidad, ¿encuentro mi lugar y me siento reconocido y aceptado? ¿Me siento partícipe y responsable de la misión de la comunidad? ¿Soy de los que imponen siempre sus criterios y colorean la realidad según sus intereses, o más bien de los “pasotas” que se dejan llevar de forma acrítica y apática?

Así llegamos al corazón de esta herramienta que os propongo. El termómetro de la sinodalidad doméstica concluye con un tiempo de calidad de conversación en el Espíritu⁵.

Como apuntábamos más arriba, este ejercicio comunitario no pretende ser una evaluación escrupulosa que nos hunda en la desesperanza, ni el detonante fratricida de una confrontación rencorosa que erosione

los vínculos comunitarios. Por el contrario, cuando abrimos el corazón desde la vulnerabilidad y nos atrevemos a escuchar de forma humilde y hospitalaria crecemos juntos, aprendemos juntos, descubrimos juntos la acción amorosa del Espíritu forjando el entramado afectivo y deliberativo que nos hace hermanos y hermanas (cf. Hch 4,32), que nos hace comunidad sinodal.

Para que el termómetro de la sinodalidad doméstica sea efectivo y aliente un proceso de conversión necesitamos evitar la tentación de relegar esta herramienta a una anécdota simpática de una excursión comunitaria y comprometernos a escudriñar dinámicas y actitudes que traduzcan lo compartido en un verdadero estilo de vida.

Intentarlo merece el esfuerzo! 

1 *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*. Documento final. Libreria Editrice Vaticana, Roma, octubre 2024.

2 *Por una Iglesia sinodal*, § 7.

3 “Las órdenes y congregaciones, las sociedades de vida apostólica, los institutos seculares, así como las asociaciones, movimientos y nuevas comunidades tienen una contribución especial que hacer al crecimiento de la sinodalidad en la Iglesia” (*Por una Iglesia sinodal*, § 65).

4 *Por una Iglesia sinodal*, § 20. Cf. también § 36. Y a modo de ideal que alienta los procesos, cf. § 65.

5 Cf. *Por una Iglesia sinodal*, § 45. Os animo encarecidamente a disfrutar con la lectura de este libro esencial para entender y valorar la riqueza de las conversaciones en el Espíritu como metodología sinodal: JUAN ANTONIO GUERRERO ALVES y OSCAR MARTÍN LÓPEZ. *Conversación espiritual, discernimiento y sinodalidad*. Sal Terrae, Maliaño 2023.



Instituto de Religiosas de San José de Gerona Sirviendo y velando desde hace más de 150 años

M^a Carmen Cid, RSJG
SECRETARIA GENERAL

Con presencia en 12 países del mundo, la misión del Instituto de Religiosas de San José de Gerona (IRSJG) se desarrolla actualmente en los ámbitos de la atención sanitaria y social, la educación, la hospedería en casas de espiritualidad, la ayuda al desarrollo social y económico y la atención espiritual y religiosa.

La historia del Instituto de Religiosas de San José de Gerona empieza con la de su fundadora, María Gay Tibau (Llagostera, 1813-Girona, 1884), mujer humilde, audaz y de profundas creencias cristianas, cuya vida se caracterizó por el ejercicio de la cari-

dad, velando y cuidando a personas enfermas y en situación de vulnerabilidad.

Tras más de 20 años acompañando a personas en proceso de enfermedad en la casa del Dr. Amerio Ros o en su acción caritativa en la Cofradía de la Purísima Sangre de Gerona, María Gay, llena de Dios, tuvo el coraje de iniciar una pequeña asociación de mujeres veladoras.

El 29 de junio de 1870, la fundadora y su amiga Carmen Esteve realizaron la primera vela a domicilio, y muy pronto un numeroso grupo de mujeres se fue uniendo a la asociación.

Fue su gran amor a Jesús lo que llevó a María Gay a poner en práctica el mandato evangélico de Mt 25,36: “Estuve enfermo y me visitasteis”.

En 1872, el obispo de Girona, viendo el bien que hacía el servicio de las “Veladoras de San José” (así eran conocidas popularmente), les concedió un Reglamento Provisional. Había nacido el Instituto de Religiosas de San José de Gerona, con el propósito, en consonancia con el carisma de su fundadora, de servir y velar a los enfermos sin distinción de clase y en la doble dimensión corporal y espiritual.

El don concedido por Dios a la fundadora fue el de servir y velar a los enfermos en toda clase de enfermedades.

Cuando falleció María Gay, el 18 de marzo de 1884 (víspera de San José), la institución tenía ya seis comunidades y dos más en proceso de constitución en localidades de la provincia de Girona.

El conocimiento de lo que hacían las “Veladoras” se fue extendiendo y muchas poblaciones cercanas empezaron a solicitar su presencia para que asistieran a los enfermos no solo en sus domicilios, sino también en los hospitales. Así, el IRSJG comenzó a trabajar en el ámbito hospitalario.

EL INSTITUTO EN EL MUNDO

«Donde nos necesiten»

Las religiosas de San José de Gerona se extendieron a otras provincias y ciudades españolas, como Barcelona, Vila-Real o Gandía, y pronto empezaron a tener presencia también en otros países de Europa, como Francia, Suiza o Italia.

En 1922, el instituto dio el salto a otro continente: se funda la primera comunidad de religiosas de San Jo-

sé de Gerona en América Latina, en Cali (Colombia). Más tarde, además de otras poblaciones colombianas, se sumarían distintos países como Venezuela, Perú, Ecuador, Argentina y México.

Posteriormente, iniciando nuevos apostolados para responder a las necesidades sociales de los lugares en los que se encontraban, las religiosas empezaron a dedicarse a la enseñanza, transmitiendo el mismo cuidado y valores que practicaban cuidando a los enfermos.

En 1979, un grupo de cinco hermanas llegó a Nyarusange, Ruanda, donde se fundó la primera comunidad del instituto en África. El carisma y la misión de aliviar el dolor y sembrar la paz siguió extendiéndose y enriqueciéndose en países como Guinea Ecuatorial, República Democrática del Congo y Camerún, desarrollando una importante labor sanitaria, pastoral, educativa y de cooperación para el desarrollo.

La misión del instituto es aliviar el dolor y sembrar la paz

Su presencia en lugares con realidades muy diferentes ha llevado al Instituto de Religiosas de San José de Gerona a desarrollar diferentes servicios.

En Rubare, República Democrática del Congo, junto al Centro de Salud en el que colaboran, pusieron en funcionamiento una escuela maternal y de primaria, complementando la labor sanitaria que allí continúan realizando.

En Nkolondom, Camerún, ampliaron las instalaciones del Centro Médico Católico con una maternidad, un edificio de hospitalización y, junto a la Comunidad Sant'Egidio, un centro DREAM especializado en la formación, prevención, tratamiento y

seguimiento de las personas afectadas por el VIH-Sida.

A lo largo de los años se han desarrollado también, tanto en América Latina como en África y Europa, distintos proyectos destinados al desarrollo socioeconómico de las comunidades y, en especial, de las mujeres.

EI IRSJG, HOY

Una gran familia sinodal y en misión compartida

Actualmente, el instituto sigue adaptando su manera de funcionar, su presencia y su servicio a las necesidades de la Iglesia y de la sociedad.

En 2022, esta gran familia, formada por comunidades, centros, miembros del movimiento de laicos de San José de Gerona, simpatizantes y personas voluntarias, inició su andadura por nuevos e ilusionantes senderos: la sinodalidad y la misión compartida.

En el ámbito del servicio y la misión en nuevos lugares, a petición de sus diócesis, las religiosas de San José de Gerona han fundado dos nuevas comunidades: una en Nairobi (Kenia) en 2020 y otra en Nyakabuye (Ruanda) en 2025.

Hoy, el instituto está presente en 12 países de 3 continentes, con 21 centros propios, 3 centros en colaboración y 46 comunidades de hermanas. Lo forman un total de 2.000 profesionales, 320 religiosas y 142 personas que forman parte del movimiento de laicos.

UN CARISMA VIVO

El legado que continúa

En 2018, para preservar y fortalecer el legado de María Gay Tibau, se revisaron los valores institucionales y

la forma de transmitirlos, dando origen a la *Declaración de Valores* de los centros del instituto. Se trata de un documento que guía la actividad y servicio que realizan los colaboradores en los centros, a través de la práctica diaria del: servicio, la acogida, el respeto y la humildad.

En los principios ideológicos de los centros del instituto, lo más importante es la persona en su individualidad, la defensa de los derechos humanos y la de la vida desde su inicio hasta su fin. La caridad, por otro lado, se encuentra en su actitud de servicio, acogida, respeto, humildad, cercanía, paz, prontitud, sencillez y misericordia. Y propugna la ética profesional y los derechos de las personas enfermas, personas mayores, niños y niñas, y cualquier persona en situación de vulnerabilidad.

MOVIMIENTO DE LAICOS DE SAN JOSÉ

Una forma de ser y entender la vida

El movimiento de laicos del Instituto (MLSJG) nació en el año del bicentenario del nacimiento de María Gay Tibau (2013).

A lo largo del camino del IRSJG, han sido muchas las personas que se han sentido llamadas a vivir o practicar el carisma en su vida diaria, con independencia de su vocación, opción de vida o situación personal.

Para aquellas que quieren vivirlo de una forma más comprometida, en distintos grados, nació el Movimiento de Laicos de San José de Gerona. Engloba desde simpatizantes que lo practican en su propio entorno y se sienten bien con los valores del instituto, a personas que se adhieren con mayor compromiso. 



Vivir en «modo vocación»

El Congreso de Vocaciones celebrado en febrero en Madrid nos invita a profundizar en la pregunta por la crisis vocacional actual y a trabajar en el desarrollo de una cultura vocacional, desde el convencimiento de que Dios sigue llamando durante toda la vida.

Juan de Dios Carretero, ss.cc

El fin de semana del 7 al 9 de febrero se celebró en Madrid el Congreso de Vocaciones titulado “¿Para quién soy yo?”. Asistieron unos 3.000 participantes desde todas las diócesis españolas. Todo lo expresado en sus ponencias y talleres nos brinda la oportunidad de reflexionar sobre la vivencia de la vocación en nuestra Iglesia y en nuestro mundo de hoy.

La celebración del Congreso parte de la certeza de que Dios sigue llamando hoy. El conocido texto de la vocación de Samuel (1Sm 3,1) señala que “la Palabra de Dios era rara en aquel tiempo”. Quizás como hoy lo que ocurría es que los oídos de muchos estaban cerrados a su voz, pero eso no significa que Dios se canse de comunicarse con sus criaturas, de llamarlas ni de contar con ellas para anunciar su salvación.

El propio término “vocación” engloba distintos niveles que es importante delimitar para evitar equívocos. Por un lado, la propia llamada a la existencia ya es una vocación primera. Es Dios quien nos ha llamado y nos ha dado el ser, la vida. De este modo, podemos afirmar que todo ser humano es llamado por Dios, que ninguno se queda fuera de su llamada. El bautismo supone un paso importante que otorga a todos los cristianos una misma vocación, la llamada a responder con amor al regalo de la vida otorgada por Dios en un camino compartido con otros, con la Iglesia.

Profundizando más podemos referirnos a los estados de vida, a “las vocaciones” como a veces las denominamos.

Finalmente, la vida vivida como vocación no termina con la elección de vida, sino que esta establece el marco para responder con fidelidad a cada llamada de Dios en las situa-

ciones concretas de cada día. Por tanto, podemos describir la vocación como un camino de profundización, en el que la llamada recibida va de lo más general a lo más concreto. Tenemos la certeza de que Dios llama en todos y cada uno de esos niveles, pero a veces podemos correr el riesgo de confundir ideas por estar hablando en niveles diferentes.

Una de las insistencias del Congreso fue el convencimiento de que existe una crisis antropológica subyacente a la crisis vocacional que atravesamos. La caída de vocaciones consagradas, sacerdotales, laicales... es la manifestación de la dificultad para vivir la propia vida como vocación. Esto no es de extrañar dentro de un esquema que sitúa al sujeto, sus necesidades y apetencias como el centro y el criterio de verdad último, dejando así poco espacio para que otro pueda tener una palabra sobre mi vida e invitarme hacia algo que en principio no ha surgido de mí. La propia dinámica vocacional parece ir contra la libertad del individuo, por lo que muchas veces el planteamiento vocacional es percibido como algo violento y directamente rechazado por la persona.

Por ello, uno de los grandes desafíos consiste en trabajar en el desarrollo de la cultura vocacional. En el fondo, la crisis vocacional reside principalmente en ese nivel común a todos los bautizados. La pregunta por la vocación no puede ser considerada como una cuestión elitista, solo apta para unos pocos que quieren tomarse realmente en serio su fe. La situación actual nos empuja a desarrollar la conciencia de que todos los cristianos estamos llamados a preguntarnos por la voluntad de Dios en nuestra vida, sabiendo que Él nos está diciendo una palabra,

tanto para las preguntas más fundamentales de nuestra vida, como para las pequeñas acciones y decisiones de nuestro día a día.

La vocación incluye la doble dimensión de don y tarea. Toda gracia que nos regala Dios está destinada a sacarnos de nosotros mismos para entregarnos a los demás, especialmente a los que sufren. Trabajar en la cultura vocacional implica superar una espiritualidad descomprometida que conduce a los jóvenes a sentirse reconfortados entre las paredes del templo, pero que no les mueve al servicio en el resto de su vida. Y, sin mirar las heridas de nuestro mundo, difícilmente se descubre la verdadera vocación.

Por otro lado, crecer en esa cultura vocacional puede ayudarnos quitar esa aura de proselitismo que fácilmente se introduce en nuestros discursos vocacionales. Si la crisis es general, nuestros esfuerzos no pueden reducirse a buscar vocaciones religiosas y sacerdotales. Por supuesto que un gran reto para los jóvenes cristianos de hoy es concretar su seguimiento en un estilo de vida determinado, pero invitar a dar este paso de concreción no puede ir acompañado de la sospecha de que estamos intentando captar adeptos para nuestro bando. Otra cosa distinta es que podamos rezar por las vocaciones consagradas en determinados momentos y que con nuestra vida demos testimonio de que este estilo de vida merece la pena, pero si no nos creemos de verdad que todos los estados de vida son necesarios para la Iglesia resulta difícil que nuestro planteamiento vocacional supere el rechazo que puede producir en sus destinatarios.

“¿Para quién soy yo?”, preguntaba el título del Congreso. Esta es la

gran pregunta que debemos descubrir y acompañar a otros a descubrir. Y es una pregunta que no se resuelve a solas. Por un lado, es necesario incorporar la sensibilidad de la persona, sus preocupaciones, sus inquietudes, los temas sociales que le preocupan... Ahí Dios le está llamando.

Por otro lado, la vocación siempre se descubre en comunidad, en camino con otros, atendiendo también a las necesidades de la Iglesia. Todo camino vocacional está llamado a superar la tentación de cerrarse en el propio individuo.

Los que estamos llamados a la vida consagrada tenemos ese doble desafío de acompañar a muchos en su camino de profundización vocacional, al mismo tiempo que damos testimonio de que nuestro modo de vida es fuente de alegría y merece la pena ser vivido. Y, quizás, el mayor testimonio que podamos dar es seguir buscando la voluntad de Dios en cada decisión de nuestro día a día, mostrando así que la vocación es un modo de estar en el mundo que nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida. 



¿Martirio o conversión?

Paulson Veliyannoor, CMF

DIRECTOR, INSTITUTO DE VIDA CONSAGRADA - SANYASA (INDIA)

La mayoría de los religiosos de la India prefieren celebrar su onomástica en lugar de su cumpleaños. El cumpleaños no es un logro: simplemente le ha tocado y, mientras no muera, su aniversario se repite anualmente. Pero el día de la fiesta le desafía a parecerse un poco a su santo patrón. Además, el cumpleaños es más narcisista: se trata de usted; en la onomástica se trata del santo y a usted le gusta relacionarse con él.

Me pusieron el nombre de san Pablo. La fiesta principal de san Pablo es el 29 de junio, junto con la de san Pedro. Durante años, el 29 de junio fue el día por defecto en el que celebré mi fiesta. Sin embargo, hace un par de décadas decidí cambiar mi día de fiesta al 25 de enero: de la solemnidad del martirio de Pablo a la fiesta más humilde de su conversión. Dos razones: en un tono más ligero, ¿quién quiere perder la cabeza, de todos modos? En un tono serio, preferiría ser un proyecto de “conversión” que un proyecto de “martirio”. El martirio consiste en perder la vida por las convicciones. Pero, ¿no hay también mártires entre los terroristas? ¡Estarían encantados de renunciar a su vida, e incluso de llevarse a unos cuantos con ellos!

Ahora bien, esto no quiere restar importancia al significado del martirio cristiano, que no se puede compa-

rar con el del terrorismo. El objetivo de un terrorista es matar por odio, y en el proceso está dispuesto a perder la vida; mientras que un mártir cristiano entrega su vida al servicio de la vida y el amor.

Sin embargo, creo que la llamada de los tiempos actuales es a *la conversión*: la voluntad de examinar las propias convicciones resueltas y ver si se han convertido en compulsiones rígidas. La conversión es un proyecto de toda la vida que requiere un examen humilde de las propias convicciones, sesgos, prejuicios y demás. La sinodalidad es una llamada a la conversión cotidiana. Educado en las mejores universidades de su tiempo, a los pies de Gamaliel, Pablo (Saulo) había estado convencido de la verdad de sus fidelidades hasta que la Verdad se le reveló. Puede que le resultara devastador darse cuenta de que la misma Verdad a la que creía servir era la Verdad que luchaba por eliminar. En su grandeza, Saulo reconoció su error y corrigió su rumbo. Su martirio fue posible gracias a su conversión. Y el recuerdo de su conversión lo mantuvo humilde. Esa es también mi esperanza: el martirio puede esperar; la conversión es lo que necesito en este momento. ¡Y tanto! 

EL VELO PINTADO

Pedro M. Sarmiento, CMF
MISIONERO CLARETIANO



Adquirir el hábito de la lectura es construirse un refugio contra casi todas las miserias de la vida, esto lo escribía William Somerset Maugham (1874-1965), novelista americano en plena fama por los años 30 del siglo pasado.

Somerset Maugham escribió la novela *El velo pintado* en 1925. Velo pintado, en inglés “the painted veil”, hace referencia a un verso del poema “Lift not the painted veil which those who Live” de Shelley. La novela explora cómo los personajes, particularmente Walter y Kitty, desentrañan sus ilusiones y fracasos amorosos. A través de su viaje a China, Kitty descubre verdades más profundas sobre sí misma y el mundo, levantando así su propio “velo pintado”.

En *El velo pintado* la fe aparece como fuente de consuelo y propósito. La religiosa St. Joseph encarna esta fe. Su misión está al lado de los enfermos durante una epidemia de cólera. Esta vocación le hace capaz de enfrentarse a los desafíos y sacrificios con serenidad y determinación. La hermana es la contrafigura de la protagonista, Kitty. La hermana St. Joseph cataliza para ella la reacción con su salida definitiva de la superficialidad, y el abandono de su forma de ser egoísta. La hermana St. Joseph es una verdadera maestra, una madre espiritual, sin declaraciones altisonantes. Produce la transformación de Kitty casi sin pretenderlo. Esta religiosa es una buena imagen de lo que hacen cientos de consagradas

increíbles que, con su fe y dedicación, son modelos reales de mujer y creyente. La vida religiosa es un ejemplo evocador para otro tipo de vida, así la describía Maugham: *Producía una curiosa sensación, escalofriante y sobrecogedora, saber que ella era capaz de pisar la misma tierra que uno, ocuparse de asuntos mundanos y, al mismo tiempo, habitar de manera tan evidente en un plano inalcanzable para los demás.* En cierta ocasión le dijo a Kitty: *–No es suficiente que una religiosa rece continuamente a Jesucristo; ella misma debe ser una oración.* Y en otro lugar dice la hermana: *Sólo hay una manera de ganarse los corazones, y es asemejarse a aquellos que deseamos que nos amen.*

La novela debe seguir teniendo tirón, pues fue filmada por tercera vez en 2006. Hablando de la vocación, las protagonistas dialogan: *La madre superiora hizo una breve pausa y suspiró. –Fue muy duro para mi padre –prosiguió–. Era hija única, y los hombres suelen estar más unidos sentimentalmente a sus hijas que a sus hijos varones. –Tener corazón es una gran desdicha –convino Kitty con una sonrisa. –Es una gran dicha consagrar ese corazón a Jesucristo.*

Para saber más. Novela: W. Somerset Maugham, *El velo pintado*, El Libro de bolsillo, Madrid 2019. Película: *El velo pintado (The painted veil)*, 2006, dir. John Curran, con Naomi Watts y Edward Norton.



Cultivar el asombro

Card. Aquilino Bocos Merino, cmf

256 pp. PCL, Madrid 2024

Nuestra forma de vivir el día a día y su rutina son capaces de ir lastrando una de las actitudes más esenciales de nuestra existencia: la capacidad de asombro. Como el cardenal Aquilino Bocos insiste a lo largo de estas páginas, perderla es amputar una parte fundamental, aquella que nos despliega como personas y nos acerca a quien despierta admiración, asombro y la atracción que genera la belleza.

Como plantea en el epílogo Liliana Franco, presidenta de la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR), el autor sabe bien de vínculos, de cercanía y de humanidad, por eso no sorprende su invitación a la urgente necesidad de cultivar el asombro como ese compañero en el camino de la vida que nos abre a otros y a Otro. Para ello, Bocos nos propone una senda de la mano de María. La primera estación nos exige detenernos ante el asombro. Hablar de asombro es hablar de gratuidad. En este primer capítulo, Bocos pone en evidencia la estrecha vinculación que existe entre la admiración y la verdad, el bien y la belleza. Esta triada remite a quién es la Verdad, el Bien y la Belleza. Por eso, porque nuestro momento actual tiene capacidad para atrofiar nuestro asombro, se nos propone cultivarlo de la mano de María.

Creer que Dios asume nuestra condición humana debería ser un motivo inagotable de asombro. El segundo capítulo nos introduce en el misterio de la Encarnación. Siguiendo el relato de Lu-

cas, Bocos nos recuerda cómo María se supo agraciada, esto es, llena de belleza, verdad y bien. Mirada por Dios y admirada ante Él, dijo un sí que se prolongó en agradecimiento en el encuentro con Isabel y llevó a conservar el asombro a lo largo de su existencia. María es icono y educadora en esa admiración que se teje de receptividad, escucha y guía.

Los tres últimos capítulos proponen tres vías desde las cuales cultivar el asombro: la humildad, la infancia y la belleza. El asombro nos devuelve a nuestra verdad más verdadera, aquella en la que consiste la humildad. Esta se mantiene unida a la fe y a la disponibilidad, rasgos que caracterizan el modo en que el texto bíblico dibuja a María. En estrecha vinculación con la humildad se encuentra la infancia, que se presenta como otra vía desde la que cultivar el asombro. Hacerse niños, en cuanto desafío que nos propone Jesús en el evangelio, implica desprenderse, confiar y entrar en esa senda de minoridad de la que la Nazarena es guía y compañera. Aunque sea uno solo el autor de este libro, nos encontramos ante una obra polifónica en cuyas páginas resuenan voces diversas. No solo se escucha la de Liliana Franco, cuya presencia desborda el prólogo y el epílogo que ella firma y nos alcanza en algunos de sus poemas que el autor recupera. También llega el sonido de muchos otros poetas, santos, filósofos, místicos, teólogos antiguos y contemporáneos, pensadores, papas y científicos. Aquilino Bocos invoca en sus páginas las palabras de otros muchos que son convocados a acompañar al lector en esta travesía, nunca acabada del todo, hacia el asombro. 

Ianire Angulo Ordorika

Nueva colección:



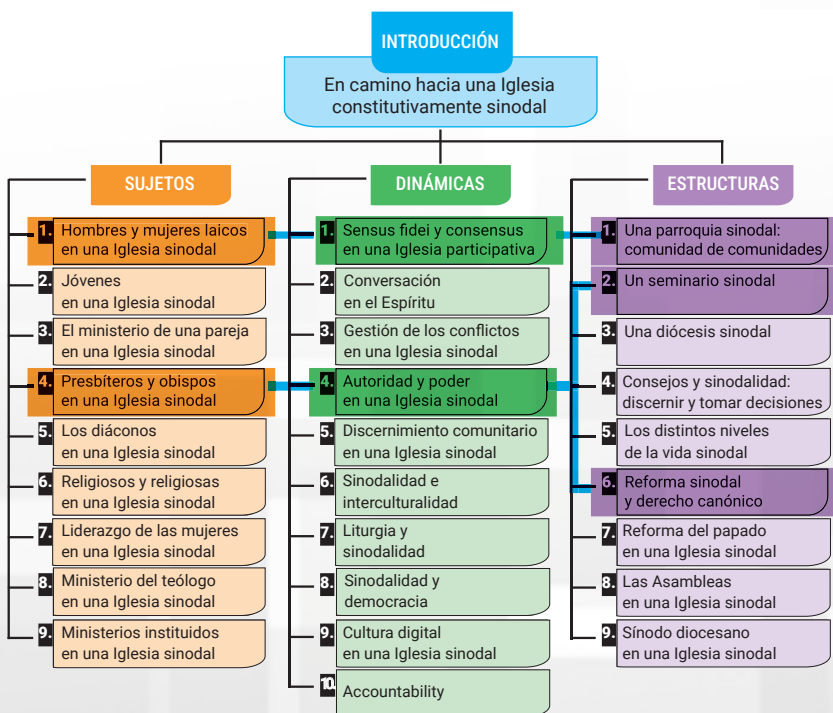
CUADERNILLOS DE SINODALIDAD

Deseo que esta colección anime la construcción de una Iglesia sinodal y en salida misionera; que no solo favorezca la comprensión de la sinodalidad, sino también su vivencia pastoral para construir, entre todos, la Iglesia del tercer milenio (papa Francisco)

Publicaciones Claretianas edita en España esta colección de 29 cuadernillos, creada por el CELAM y Editorial Claretiana (Buenos Aires), que ofrece **libros breves**, escritos por **expertos**, que combinan una **reflexión teológico-sistemática** sobre distintos aspectos de la sinodalidad con **sugerencias operativas**, para la reflexión personal y la renovación pastoral.

Para ser una “**Iglesia sinodal**” no basta con la teoría, es necesario implicarse activamente y aprender en la praxis y desde la reflexión sobre la praxis qué significa la sinodalidad.

Cada *Cuadernillo de Sinodalidad* ofrece un **tratamiento del tema** y varias **propuestas**: *conversión sinodal, renovación eclesial y reforma sinodal*.



Cada cuadernillo puede utilizarse por sí mismo o ser parte de un itinerario formativo.

Por ejemplo, una **parroquia** podría crear un itinerario uniendo los Cuadernillos sobre los **laicos**, sobre el **sensus fidei** y la participación, sobre la **parroquia sinodal**.

Un **consejo presbital** podría encontrar útil reflexionar sobre el **ministerio ordenado**, sobre **el poder y la autoridad**, sobre el **seminario** o sobre la **reforma del derecho canónico**, etc.

54ª **Semana Nacional** para Institutos de Vida Consagrada

23 – 26 | abril 2025 | Madrid



«Lo afectivo es lo efectivo»

Fuerza y drama de la afectividad
en la Vida Consagrada



Información
e inscripciones:

itvr.org

